

EN CLAVE DESOBEDIENTE

A painting of a woman in a red dress holding a flag, standing in a town square. The woman is the central figure, wearing a vibrant red dress and holding a flag with red, white, and blue stripes. She stands on a dark, rectangular mat on a light-colored, sandy or dusty ground. In the background, there are buildings with warm, earthy tones and some greenery. The overall style is expressive and somewhat abstract, with visible brushstrokes and a rich color palette.

Textos de integrantes de la
Asamblea Desobediente

En clave desobediente

Esto es una **Antología**

DESilusionada
DESconstruida
DESmitificada
DESpierta
DEScepcionada
DEScolocada
DESastrosa
DESviada
DESconocida
DESeada
DESordenada
DESatada
DESpreciada
DESaprobada
DESubicada
DESmesurada
DESesperada
DESafiante
DESobediente

EN CLAVE DESOBEDIENTE

Textos de Integrantes
de Asamblea Desobediente

Índice

- 7 **En clave desobediente** Una introducción
- 11 Lydia Lukaszewicz **Mi padre**
- 14 Laura Delgadillo **El living de mi casa**
- 18 Adriana Briff **Los recuerdos que hablan**
- 23 Maria Stella Capece **Carta a mi padre**
- 26 Lorna Milena
 - ¿De qué está hecha la oscuridad que me habita?** Cuatro Textos
 - 26 **Flores de cadáveres**
 - 36 **Secuencias**
 - 41 **Confesión**
 - 45 **Soda**
- 48 Liliana Furió **¿Casualidad?**
- 56 Julie August **La muñeca**
- 63 Lydia Lukaszewicz **Carta al padre que eligió la sombra**
- 66 Patricio Bolino **Documento para sanar**
- 68 Natalia Dopazo **Nieta de un represor**
- 77 Benjamin Hotchner-Blaser **En la sombra del imperio estadounidense**
- 92 Pedro Furió **Camino desobediente**
- 94 Natalia Dopazo **Plegaría**
- 95 Alexandra Senfft **La exoneración del pasado nazi del propio abuelo**
- 105 **Biografías**

En Clave Desobediente

Una introducción

En su libro *Sobre la desobediencia*, Erich Fromm formula la siguiente advertencia: “La historia humana comenzó con un acto de desobediencia y no es improbable que termine con un acto de obediencia.”

El autor utiliza para esta enunciación, la fuente mítica hebrea según la cual Adán y Eva vivían en armonía con la naturaleza en el paraíso, hasta que un día desobedecen la orden del Creador y comen el fruto del árbol prohibido. De este modo el ser humano se hace cargo por primera vez de su condición de tal, dando el primer paso a su independencia y libertad. El mito puede interpretarse como el ingreso a la cultura y a la individuación y por eso mismo a sus consecuencias. Hablo de las vicisitudes de la vida; los condicionamientos del tiempo y el espacio, el dolor, el esfuerzo, el trabajo y la muerte. Esto es la humanidad.

Como todo mito, repetido con escasas variantes en otros similares de distintas culturas; encierra un sentido oculto y arquetípico que permite comprender la conducta humana y el devenir de la historia.

Los grandes cambios ocurridos en la historia de la cultura han tenido que ver con esta dialéctica entre el sometimiento y la libertad que muchas veces tiene condiciones verdaderamente trágicas.

Y como esto ocurre en toda sociedad y la familia es el núcleo social por excelencia, no debe sorprender a nuestros lectores que seamos justamente los familiares de los genocidas quienes hayamos elegido alzar nuestra voz para hacernos escuchar.

Somos y nos reconocemos, dentro y fuera de nuestras familias, como desobedientes. Necesitamos hacerlo por una cuestión de compromiso ética ante nosotros mismos y ante una sociedad que ha sido cruelmente herida y ofendida por nuestros familiares genocidas. Repudiamos su accionar por injusto, cruel e inhumano. Y sobre todo porque se creyeron poseedores de una verdad absoluta que debía ser impuesta a la fuerza a toda la sociedad.

¿Existe un ejemplo más burdo de soberbia?

¿Con qué derecho se arrogaron la facultad de decidir sobre la vida y la muerte?

¿Cómo pudieron robarles los hijos a sus madres y decidir sobre su historia y su herencia?

Pero sería muy ingenuo pensar que esta calamidad ocurrió una sola vez y ya se ha terminado. Sabemos que viene existiendo desde que existe el mundo y que se repite una y otra vez. No hay más que mirar a nuestro alrededor y ver con qué impunidad se sigue persiguiendo, torturando y matando al que piensa diferente o no se somete al poder de turno. Pero para que esta mirada no se quede en el asombro y la indignación del espectador sensible, deberíamos preguntarnos por qué tantas personas elijen seguir obedeciendo a costa de su propia ética y contra sus propios intereses.

Es que desobedecer es un proceso verdaderamente incómodo y la mayoría de las veces ciertamente doloroso. Y no se trata de la desobediencia infantil del rebelde que no llega a revolucionario. Ese que por cólera, despecho o resentimiento se opone a lo

que le han impuesto. Se trata de la desobediencia por convicción, por principio, por coherencia y permítanme la expresión: por salud mental y ética.

Esta desobediencia implica un proceso sin retorno a una existencia dolorosa pero definitivamente libre. Cuando la misma se ejerce de forma colectiva, el efecto liberador se multiplica al punto que permite cauterizar heridas profundas y resignificar los lazos familiares.

Nuestra experiencia como colectivo desobediente y a partir del impacto que genera en la sociedad nuestro posicionamiento; es que podemos ofrecer una alternativa a tanto callejón sin salida que proponen los poderosos.

Desobedecer es la forma de enfrentar la injusticia.

Los testimonios, cartas, y elaboraciones literarias que van a leer en este libro; tienen el objetivo de dar a conocer nuestra vivencia desobediente. Cada uno de los escritores ha elegido exponer su propio drama personal en pos de un bien mayor que nos trasciende. Esto es la vigencia irrestricta del compromiso con LA VERDAD, LA MEMORIA Y LA JUSTICIA.

Esperamos que este trabajo construido en comunidad pueda brindar un sentido nuevo de esperanza y renueve las fuerzas de aquellos que creen que es posible la liberación y la verdadera democracia.

Maria Stella Capece

Mi padre

Mi padre fue suboficial principal del Ejército Argentino.

Un hombre formado bajo la lógica de la obediencia absoluta, de la violencia como herramienta y del exterminio como política. En el Ejército encontró el lugar donde su crueldad podía ejercerse sin límites.

Fue parte del operativo de Monte Chingolo, 1975, una de las noches más brutales del período previo a la dictadura. De ahí salió con una frase que repetía como si fuera una lección de vida: “Acá no hay prisioneros.” Lo decía con orgullo. Con satisfacción. Con la convicción de que estaba haciendo “lo correcto”.

Relataba violaciones, fusilamientos, cuerpos que saltaban con las itacas. Lo contaba como se cuenta un procedimiento, no un crimen. Sin remordimiento. Sin humanidad. Y también decía que en el Pozo de Banfield “estaban todas embarazadas”.

Una frase dicha con total frialdad, sin asumir que hablaba de mujeres secuestradas, torturadas, violadas y desaparecidas junto a sus hijos e hijas. Esa naturalización –esa deshumanización absoluta– lo define más que cualquier uniforme.

Mi padre no fue un soldado confundido. Fue un agente activo del genocidio argentino, un plan sistemático de desaparición,

tortura, asesinato y robo de bebés. Nunca fue una guerra. Fue un proyecto de exterminio desde el Estado.

Pero su violencia no terminó en los centros clandestinos. Como tantos represores, trasladó a su familia la misma lógica de dominio, miedo y abuso que ejerció bajo la dictadura. Lo que fue afuera, lo fue adentro. No fue solo represor del Estado: fue represor en su propia casa. Y esa combinación, lamentablemente, es más común de lo que se admite.

Por eso no hablo solo desde mí. Porque somos muchos quienes cargamos historias similares: hijos y familiares de genocidas que crecimos en hogares gobernados por el miedo, la violencia, el silencio y la impunidad. Hogares donde el horror de la dictadura no era un concepto histórico, sino un clima cotidiano.

Hoy formo parte de la Asamblea Desobediente, un colectivo que no se constituye desde la excepción, sino desde la multiplicidad. Somos una agrupación que rompe con la sangre, que rompe con el mandato de silencio, que rompe con la obediencia que nuestros padres exigieron dentro y fuera de sus casas.

No los representamos.
No los justificamos.
No les debemos lealtad.

Les repudiamos.
Les denunciaremos.
Les desobedecemos.

Y esa desobediencia es urgente en la Argentina actual. Una Argentina donde vuelven a aparecer figuras que reivindican a los represores; donde se otorgan cargos de poder a hijos obedientes

de genocidas; donde el negacionismo intenta volverse política; donde quieren reescribir el genocidio como si hubiera sido un conflicto entre iguales.

Frente a ese intento de reinstalar la obediencia, de limpiar nombres que están manchados con sangre, de señalar nuevamente a verdugos como referentes, decimos con firmeza:

No lo vamos a permitir. Nunca más vamos a aceptar que se nombre a los genocidas como autoridades morales, políticas o institucionales. Nunca más vamos a callar.

Nunca más vamos a obedecer.

Lo que contamos no es un caso aislado. Es parte de una historia colectiva, de un entramado de violencia que dejó marcas en generaciones enteras. Y es precisamente por eso que elegimos poner la desobediencia como bandera.

Porque la memoria no es un acto individual.
Es un posicionamiento político.
Una defensa del presente.
Un límite que se traza una y otra vez:

NUNCA MÁS, en ninguna casa, en ningún Estado, en ningún futuro.

El living de mi casa

Cuando remonto mi memoria a los años de la Dictadura Militar en alguna entrevista sobre los Desobedientes, suelo decir que siento que la Dictadura pasó en el living de casa. La participación de mi padre en la DIPPBA (Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires), el secuestro de mi tía (su hermana) y la Guerra de Malvinas de la que mi hermano es ex combatiente, había grabado en mí una sensación de desamparo y vulnerabilidad profunda. Y si...ese es el objetivo del terrorismo de Estado, que el terror se te haga carne. Han pasado muchos años y esa sensación a fuerza de trabajo se fue convirtiendo en resistencia, en lucha, en militancia. De los recuerdos de esa época, el más difícil de evocar es el intento de suicidio de mi madre. Mi madre era una mujer amable, sensible e idealista y con un sentido de la justicia muy fuerte. Había estudiado Trabajo Social, lo que respondía a su espíritu solidario y humano. Era también Radióloga en el Hospital de Niños de La Plata, porque había estudiado también medicina, algo inusual para su época y atendía allí la guardia de los domingos. Era cariñosa y amorosa, se ocupaba de nosotros, sus 6 hijos, de la casa y de su trabajo. A mí se me hacía difícil comprender como se había enamorado y casado con mi padre, un hombre poco comunicativo, poco afec-

tuoso, osco y de pocos amigos siendo ella todo lo contrario, un alma totalmente opuesta. Creo que fue su sensibilidad y humanidad la que la llevo a desear la muerte frente al horror. Por lo menos eso interpreto yo hoy después de 47 años.

Como todos los domingos nos encontrábamos en casa. Yo una adolescente con todos los males propios de esa edad, ensimismada en mis amistades y amores juveniles, ese domingo no fui a verla al hospital como solía. La guardia era de 24 horas así que convencida que estaba en el Hospital, no supe nada hasta el día siguiente cuando sonó el teléfono a las 7 de la mañana. Una vos grave de hombre pregunto por mi padre. Yo que estaba media dormida fui hasta la habitación y lo desperté para que atendiera la llamada. El sonaba perturbado y colgó enseguida, se vistió y salió de prisa de la casa. A las dos horas sonó otra vez el teléfono. Era mi padre que me decía “tu madre tuvo un accidente”.

Esa fue la excusa para ocultar la verdad que durante algún tiempo creí cierta. Mi madre había dejado la guardia del Hospital esa noche y se dirigió a City Bell al Comando radioeléctrico 601 para entrar sin autorización y que en medio de la noche desobedeciendo la orden de “ALTO” le dispararan y la mataran... quien sabe, quizás una estoica revancha hacia mi padre que la había hecho cómplice involuntaria de sus crímenes. No creo casual el hecho de que esto ocurrió después del secuestro de mi tía Ilda, ese suceso dejó expuesta la mentira de la “Guerra sucia”... nunca fue una guerra! fue un exterminio planificado. Lo que siguió a su secuestro fueron una serie de sucesos también lamentables y difíciles que darían razones para que mi madre decidiera quitarse la vida. Pero eso es para otro relato. Pasado algún tiempo cuando la confronté, porque me enteré por unos amigos de la familia la verdad, me confesó lo que había

pasado realmente. Entro al predio del 601 ya anochecido y el colimba que estaba de guardia, asustado no se animó a disparar al cuerpo y dio disparos de advertencia. Al no respetar la orden y al estar cerca de él, se adelantó y le dió un culatazo en el hombro que le quebró la clavícula. Lo que pasó fue que la golpearon, la encerraron y estuvo toda la noche hasta el día siguiente fracturada en una celda de 2x2 hasta que la interrogaron. Entonces ella citó a mi padre. Así fue que lo llamaron. El la rescató de la prisión de los Militares y después me llamo para que la asistiera con el “accidente”.

El conocer la verdad despertó en mí muchos sentimientos. Primero incredulidad, porque no podía entender que alguien pudiera desear la muerte, mucho menos ella. También me sentí traicionada, porque ¿cómo nos iba a dejar con él!? con él que casi no lo conocía, que casi no me conocía, ¿como? Nos hubiera internado en colegios como estuvo él toda su infancia y parte de su adolescencia. También dolida pensaba ¿qué la había impulsado a odiar la vida? ¿qué le era tan insoportable? ¿qué tuvo que callar y por qué? Esas son preguntas de las que nunca tuve respuestas. Fueron un tumulto de emociones que me tuvieron entre resentida y triste mucho tiempo. No podía perdonarla por no haber pensado en nosotros, sus hijos, pero por otro lado me alegraba que no haya podido concretar su propósito.

La vida continuó, pero no fue igual. Mi madre que fumaba empezó a fumar mucho más. Tenía episodios de dormir durante días seguidos, no pudiendo salir de la cama. También se había hecho adicta a las novelas románticas pasándose horas y horas leyendo desconectada de la realidad. Por último, como la vida se la había hecho insoportable encontró refugio en el alcohol.

Hoy desde la distancia y con las heridas más cerradas y asumidas, puedo llegar a entender alguna de las razones que

la llevaron a tomar esa drástica decisión. Sin embargo, evocar esos recuerdos no deja de dolerme, e incomodarme y traen a mi memoria esos sentimientos, que aunque ya están transformados, siempre dejan esa sensación de malestar y disgusto. Siempre traen con ellos sus cómplices: sueños y pesadillas. ¿Será que los demonios de esas épocas aprovechan esas hendijas en los recuerdos del inconsciente, para salir y seguir atormentándonos? No lo sé ¿quién puede negarlo? Solo sé que mi madre me inspira una profunda compasión. Hoy siendo una mujer y madre comprendo sus miedos. Aunque al fin se divorció de mi padre, la culpa la atormentó. No creo que alguien pueda tener el aplomo para saber cómo actuar en esas circunstancias. No puedo vislumbrar lo que es estar en sus zapatos. Solo sé que ella nunca pudo superarlo y eso terminó matándola lentamente, cumpliendo su intención primera. Lo más sombrío de todo lo que pasó, lo más triste, es que ella no eligió, no fue una opción voluntaria. La vida le puso una trampa.

¡Estaba atrapada!

Se vio cautiva en una historia que la tenía de espectadora involuntaria y de rehén de ese horror que fue la dictadura.

Ya han pasado 47 años de aquella historia, he perdido algunos detalles como por ejemplo la fecha exacta en que sucedió, pero sí recuerdo el año. Lo que más queda plasmado son las sensaciones y sentimiento que me despertó saber que mi madre quería morir. Fue allí donde tome dimensión de lo que significaba la desaparición de mi tía Ilda, porque mis abuelos, sus padres, esperaron siempre que apareciera.

Los recuerdos que hablan La memoria de una sobrina

El 27 de diciembre del 2024 era un día mojado. La lluvia que caía en el norte de California se fue mezclando con otra lluvia, la de aquella emoción que nos viene hermanando en todas partes del mundo a los que vivimos ese infierno. Por eso la noticia de la recuperación del nieto 138, hijo de Marta Portalé y Juan Carlos Villamayor; fue un abrazo colectivo. Esa noticia atravesó la tristeza que cubría a nuestro país gobernado hoy por negacionistas y apologistas del genocidio.

Era 1974, mi amiga Andrea y yo nos pasábamos las tardes escribiendo obras para títeres. Claudia, su hermana mayor, estudiaba en el comedor y a veces nos escuchaba, se reía y acotaba alguna frase a nuestros disparatados diálogos. A veces nos llevaba al cine Rosmary para ver películas de dibujos animados, o a la matiné bailable de los domingos en un lugar llamado Tunnelmanía.

En el verano de 1975, Claudia se mudó al altillo de su casa y un sábado me invitó a conocer el lugar. Era un cuarto pequeño con una cama de una plaza, una biblioteca rústica de madera sostenida con ladrillos huecos y un wincofon apoyado sobre

una mesa de aluminio. Vení, me dijo, quiero que escuches esta canción y entonces surgió la voz de Mercedes Sosa cantando Te recuerdo Amanda. A mis doce años yo no sabía que el autor de esa canción, Víctor Jara, la dictadura de Pinochet lo había asesinado después de cortarle las manos.

Claudia tenía 17 años y estaba en primer año de medicina. Había rendido libre cuarto y quinto año y era egresada de la Cultural Inglesa. Trabajaba como profesora de inglés dando clases privadas.

Las canciones de protesta en esa época se escuchaban por las calles, la gente las cantaba. El grupo Contracanto, que integraba mi vecino Jorge Infante, ensayaba en la cochera de mi edificio y yo iba a escucharlos. Había memorizado la canción del fusil y la flor. Una tarde mi tío, militar, suboficial retirado del ejército, me escuchó cantarla. ¿Qué estás haciendo con tu hija? preguntó. ¿Querés que sea guerrillera?. Mi madre lo miró con asombro. Ella formaba parte de la Cooperativa de Amas de casa, que había impulsado el periodista Guillermo Giacosa para combatir los desabastecimientos con los que intentaban desestabilizar al gobierno de Isabel Perón. Con el Renault 4L de mi padre reparábamos los pedidos de las socias para los barrios. Los miércoles nos reuníamos para aprender formas de organizarnos.

En mi casa no se hablaba de guerrilleros, se hablaba de justicia social. Una tarde, a finales del 75, mi padre regresó a casa preocupado. Su médico el doctor Pecoraro le había dicho: Tranquilo, esta vez los vamos a hacer mierda a todos. ¿Qué van a hacer? ¿volver a bombardear la plaza? dijo mi madre, pasándole un mate, cuando se lo contó.

En marzo de 1976, la escuela Normal Nro. 1 de Rosario, donde estudiaba, fue intervenida. Las celadoras paradas en la Plaza Sarmiento, esperaban a las alumnas con tijeras para descoser los

ruedos de los guardapolvos que consideraban demasiado cortos. Nos obligaron a atarnos el pelo. La clásica fogata con que se festejaba el fin de año fue prohibida. Arranacaron las páginas de los libros de autores prohibidos por la dictadura como el de Antonio di Benedetto, entre otros. “La señora de Arias”, una mujer regordeta y bajita, vestida siempre con un traje sastre gris, fue la interventora designada. Tenía el pelo muy corto y en los recreos nos seguía repitiendo: la basura en el cesto. Así como tiran un papel, mañana tiran una bomba y les dá igual. El miedo, el silencio y el autoritarismo nos fue cercando la vida.

Ese febrero de 1977, estaba por empezar tercer año de secundaria. Claudia ya se había mudado un años atrás de la casa de sus padres. Tenía una pareja y Andrea me había contado feliz que esperaban un hijo. Regresábamos de unas vacaciones en Mar del Plata cuando una vecina vino con la noticia: mataron a la hermana de Andrea. Era guerrillera. El silencio que siguió fue absoluto.

Empezamos las clases en marzo y Andrea no hizo ningún comentario sobre la muerte de su hermana. Llegaban los lunes y ella hablaba de que había pasado el domingo jugando con su sobrino que ya gateaba y pronto iba a caminar. Yo escuchaba y pensaba que Claudia debía estar viva, que la noticia había sido un error pero no me animaba a preguntarle. Eso sí, ella estaba muy cambiada, cada vez más distraída en clase, no retenía lo que le enseñaban y a mediados de octubre se llevaba más de la mitad de las materias. Nosotras, sus amigas, no sabíamos cómo ayudarla para que no repitiera el año. Un día nos enteramos que estaba internada. Algo que había empezado como una anemia, se fue complicando. Andrea tenía hemorragias que no se podían parar.

Su cajón fue depositado en el nicho donde estaba su hermana en el cementerio El Salvador de nuestra ciudad. El padre de las chicas, con una entereza que todavía me asombra, nos agradeció

a todos por ayudarlo en esos momentos tan difíciles. Ada, la madre, vencida por el dolor, escuchaba con la mirada ausente. Entonces entendí que Claudia había sido asesinada junto al hijo que llevaba en su cuerpo y que Andrea había cargado con el peso de ese dolor hasta que ya no pudo soportarlo.

Fue en la Universidad donde empecé a darle forma a todo ese horror que durante todos esos años no sabía dónde poner. Las historias de personas asesinadas y desaparecidas eran ciertas, aunque muchos adultos que nos rodeaban se ofuscaban cuando hablábamos de eso. De dónde sacan esas estupideces, nos decían. Habíamos entrado a la facultad que los militares habían aranceado rindiendo examen de ingreso en el Politécnico de Rosario. Atemorizados, rodeados de soldados armados que chequeaban nuestros documentos y nos vigilaban caminando entre los pupitres para evitar que copiáramos las respuestas.

El 30 de marzo de 1980 la marcha “Paz, pan, trabajo, los milicos al carajo”, nos dejó las palmas de las manos rojas. En el cuerpo nos quedó la solidaridad de las mujeres de las fábricas de calle San Luis que nos tomaron del brazo armando una cadena humana para cuidarnos de la policía. Ellas nos enseñaron cómo atarnos los cordones de las zapatillas para no caernos si nos perseguían. Asesinos, asesinos, les gritamos en las caras a los milicos que custodiaban la Bolsa de Comercio. A los dos días fue Malvinas.

En esos años empecé a recordar las discusiones en la casa de los abuelos maternos. Mi madre confrontando con mi tío, preguntándole: ¿si vos no necesitás plata, por qué estás con esa gente? Él negaba todo, decía que mis padres estaban mal informados. Una vez invitó a mi padre a visitar las oficinas donde trabajaba en Boulevard Oroño entre Rioja y San Luis. ¿Ves que no pasa nada, que sólo son oficinas? le aseguró. Allí funcionaba el Destacamento de Inteligencia del Batallón 121.

En 1992 encontré su nombre con su número de documento en un portal de Internet donde se listaban a las personas involucradas en los crímenes de la dictadura. Figuraba como colaborador civil de Batallón 121, hoy señalado como centro clandestino de detención en Rosario. Esa información de internet ha desaparecido, tampoco hay documentos que prueben su actividad durante los años del genocidio. Mi tío murió y se llevó con él nombres, fechas y destinos, sostenido por el pacto de silencio que los une hasta el día de hoy. Un pacto de silencio que nos afecta a todas y todos los que presenciamos indirectamente lo siniestro sin tener pruebas concretas para buscar justicia.

Ese 27 de diciembre estuve todo el día charlando con Claudia y Andrea González. les conté del nieto recuperado 138 y les dije que los íbamos a encontrar a todos. Porque sabemos que la justicia legal ya no es posible pero creemos que puede haber una justicia ética que nos permita cuidar la memoria de lo vivido para que nuestra historia no sea secuestrada nunca más.

Carta a mi padre

Quiero decirte que a menudo me encuentro pensando qué más podría hacer. Como si pesara sobre mí la responsabilidad de reparar de alguna manera todo lo que hiciste. Todo lo que fue cruelmente destruido, y también lo que ha quedado dolorosamente dañado. Es cierto que una reflexión racional y sensata me asegura que esto no sólo es humanamente imposible, sino que además no me corresponde. No sólo resulta insensato, sino que además sugiere una muestra de insoslayable omnipotencia de mi parte.

Entonces ¿por qué el agobio, por qué la autoexigencia?

¿Acaso no basta con el repudio público y colectivo a tu conducta?

¿No es suficiente haber enfrentado a mis familiares, sabiendo que muchos de ellos me condenarían por deslealtad con la familia?

Poder decir en voz alta “hija de un genocida” y tragar la vergüenza y el miedo a ser rechazada, ¿no es una muestra fehaciente de mi compromiso con la verdad y la justicia?

Y sin embargo, no me alcanza. Y creo que es porque en lo más profundo de mi interioridad necesito demostrarme que no soy como vos, que nuestro apellido no es una afrenta a la sociedad. Tiemblo de sólo pensar que tu influencia en aquellos años de

mi crianza, haya dejado algún rastro, algún estigma, en mi personalidad.

Me aterroriza imaginar de lo que fuiste capaz en un tiempo en el que yo, tu hija mayor, era una joven de la misma edad que tus víctimas y con los mismos sueños de un mundo mejor.

Porque yo iba a la facultad, asistía a asambleas políticas, aprendía consignas idealistas, leía libros que luego fueron prohibidos, me reunía en bares con compañeros que militaban en agrupaciones políticas. Quería aprender, quería entender ese mundo al que recién ingresaba con el entusiasmo de quien corre una cortina y se encuentra con un espectáculo jamás soñado. Lo que conocía hasta ese momento, lo que vos me enseñaste, no sólo era insuficiente, sino que negaba gran parte de la realidad que empezaba a descubrir.

Todavía me pregunto: ¿por qué a mí no me pasó nada? ¿por qué hoy no estoy desaparecida? Muchos de mis compañeros de aquellas épocas lo están. ¿Por qué yo no?

Si hubiera desaparecido, ¿mamá me estaría buscando? ¿sería capaz de enfrentarte?

A mí no me pasó nada porque en ese tiempo yo gozaba de un privilegio. Era la hija de un militar. Y nada menos que de un coronel. Iba a las fiestas del círculo militar, disfrutaba de la vida social donde la jerarquía de tu cargo me posicionaba en un lugar cómodo y respetable; todo lo que tenía que hacer para seguir gozando de ese privilegio, era obedecer.

Ese privilegio me mantuvo a salvo durante un tiempo. Y tal vez eso es lo que más me pesa.

Porque yo era como ellos, papá. Aunque nunca quisiste admitirlo. Tenía la misma juventud, la misma convicción, usaba sus palabras, a veces sin terminar de comprenderlas, pero soñaba como ellos, aunque tal vez me faltara su coraje.

Yo también quería luchar por mi país.

Mientras vos y tus camaradas condenaban a una generación al exterminio; ¿acaso creíste que me estabas protegiendo?

Porque a la larga lo único que conseguiste es que me avergüence de vos y te repudie. Y que cargue con esta verdad que duele tanto.

Ser la hija de un genocida.

Toda alma es insondable pero la de un perpetrador mucho más, porque el silencio la amordaza y envenena.

Pero yo no quiero eso para mí. Yo quiero dar testimonio, quiero contar en voz alta, ser una versión muy distinta de este apellidado que comparto con vos. Y por eso te escribo.

Quiero que sepas que tu hija cree que es posible una sociedad donde los violentos no queden impunes y sean castigados, donde el poder proteja a los desvalidos y no a los privilegiados y donde los vínculos familiares auténticos sean los que se construyen sobre el amor y no sobre la mentira.

Quiero que sepas que tu hija milita del lado de la Memoria, la Verdad y la Justicia. Que tu hija aplaude a las madres de tus víctimas y a las abuelas de los niños a los que les negaste su historia.

Quiero que sepas que tu hija se ha impuesto la desobediencia como imperativo ético.

Quiero que sepas que conmigo, perdiste la guerra, papá.

Febrero 2025

¿De qué está hecha la oscuridad que me habita?

Cuatro Textos

Flores de cadáveres

Las flores raras seguían pegadas en sus ojos.

Ni siquiera estaban adelante, estaban en un rincón del fondo.

No las recordaba de antes como tantas otras cosas de la casa. Todavía estaba “la calecita”.

Su vocabulario estaba lleno de palabras que sólo podría entender su familia.

Todo estaba deteriorado, y también destruido... alguien se ensañó en romper.

Paredes abiertas, los caños arrancados...

Se decía en el barrio que parte de lo extraño justamente era que antes nadie decía nada, porque todo parecía normal.

Vino a vivir a la casa el hijo de una de las chicas que era amiga de ella, porque esa casa, que estaba en el mismo barrio de su casa de la infancia, era de una de las familias originales del barrio, como su propia familia.

Era un barrio que se hizo para personal de la Prefectura.

Algo que hoy parece totalmente irreal. Pero en esa época se hacían planes de vivienda organizados por el estado, por sindicatos, mutuales, cooperativas u otras instituciones, y que las familias pagaban en cómodas cuotas.

Eso también le daba un carácter al barrio.

Por casa, mínimo había una pistola.

Pero ahí nadie era mínimo.

En la época de los primeros saqueos, allá por el 89, se formó un grupo de hombres que salían a patrullar, porque la amenaza era que “los negros de los monoblock se están organizando para venir a saquear los chalets”.

Fue como darles un nuevo aire. Después de algunos años volvían a tener la excusa que necesitaban para presumir sus armas. Se juntaban y cada uno exhibía sus adquisiciones, una escopeta de caño recortado, un Fal, una Luger de la 2da guerra, la 45 se repetía. Obviamente nunca se cumplió la amenaza, pero para todos esos retirados fue saborear de nuevo sus momentos de gloria.

Esas flores con su color extraño y esas formas raras, le hacían pensar en cadáveres.

Tener que volver al barrio de su infancia, le hacía pensar en cadáveres.

La casa, por estar destruida como estaba, y porque quien la había heredado sólo quería deshacerse de ella, fue una ganga.

Un terreno de diez por treinta en el conurbano, en un barrio con asfalto y todos los servicios, en una de las zonas de más crecimiento, si no fuera esa casa, con esa historia seguramente... Pero no iba a pensar en eso.

No tenía alternativa, tenía que ir haciendo los arreglos indispensables para lograr que sea habitable en el menor tiempo posible. La estaban desalojando.

La ciudad se fue volviendo de a poco un lugar sólo para ricos, y aguantó hasta donde pudo. La expulsaban, no directamente, pero no renovarles el contrato en las circunstancias que se estaban viviendo, era expulsarla.

Logró vender algunas cosas que fue comprando cuando tenía trabajo y las cosas le iban bien... cuando era joven... extraño mundo donde una mujer a menos de la mitad de su vida, pasa a ser obsoleta para el mundo del trabajo... y eso de alguna manera era resultado de los cadáveres que le traían a la mente esas flores raras.

Por suerte ahora existían los caños plásticos, y pudo hacer el arreglo básico ella sola y una vez que tuvo agua pudo instalarse en su casa.

¿Por suerte?...

Entre preparar la mudanza y el arreglo de la casa, llevaba semanas en un estado de estrés alarmante, por eso los primeros signos de que algo andaba mal le pasaron desapercibidos.

Estaba apurada por resolver el tema de los caños, por eso a la mancha que aparecía en el piso de la habitación la miraba al pasar y pensaba que ya la limpiaría...

La instalación eléctrica estaba bien, cambió algunos cables que estaban un poco viejos, pudo enchufar la heladera sin problemas, por eso pensó que la lamparita esa de la habitación, simplemente se quemó.

De cualquier manera no importaba, ella eligió la otra pieza para su dormitorio. El inconsciente le avisó en qué pieza había ocurrido todo.

No quería pensar en eso, el estrés y todo lo que tenía pendiente, la ayudaban a distraerse. Cerró la puerta de la pieza con la excusa del frío, tener que calefaccionar una habitación menos le ahorraría unos pesos de gas.

Ya en la cocina lavó los últimos frascos que quedaban, para guardarlos limpios y comenzó a cocinar algo.

Era tarde, estaba cansada, fueron días de demasiado estrés y ya que por fin estaba instalada, que todas sus cosas estaban en un solo lugar, que tenía su cama, con sábanas limpias, y su acolchado. Un bostezo surgió junto con la idea del acolchado y de su cama calentita.

Se merecía una comida rica y un vino. Por ahora podía darse ese pequeño lujo. El panorama no pintaba muy bien, y no sabía si duraría mucho ese privilegio.

Si, en esas épocas, poder comer algo rico y tomarse un vino era un privilegio que no todos podían disfrutar.

Épocas raras en las que comer era un privilegio.

Las flores raras, siempre venían a su mente cuando pensaba en la época que vivía... En algún momento de las últimas semanas su mente utilizó como metáfora a las flores para no pensar más en cadáveres...

Estar en ese barrio la traía una y otra vez a las flores...

Quién vivió en esa casa, como todos los que vivieron en ese barrio fueron parte de algo oscuro... cruel, lo sabía por experiencia.

Era difícil pensar en todos esos hombres siendo partícipes de un genocidio; sus vecinos, las personas que conoció toda su vida, su propio padre. Y su realidad actual.

Ser pobre en ese mundo que idearon no era bien visto.

Ella quedó del otro lado.

Su padre nunca la aceptó, hasta el último momento quiso domesticarla.

Cosas que ella podía analizar ahora, después de tantos años, porque en su momento sólo hacía lo que sabía que tenía que hacer.

Alejarse de la casa familiar, vivir lejos, hacer su vida.

Inventarse de nuevo y buscar quién realmente quería ser y cuál era su manera, su modo, su espíritu.

Logró con los años ir descubriéndolo, y eso era porque estaba lejos de la mano de su padre que constantemente la quería dominar, pero no pudo.

Como tampoco pudo el mundo, ni el sistema, ni los hombres con los que se fue cruzando.

Si, era pobre, estaba sola, pero era el costo que estaba dispuesta a pagar.

Porque a la hora de sentir, sabía que nunca se había traicionado, que vivió como pensó que tenía que vivir. Su objetivo era ser coherente. Decir lo que pensaba, y vivir como decía. Ser solidaria con todes, no traicionar, no venderse, ser empática y no renegar de eso. Era una laburante, alquilaba su fuerza de trabajo, pero que no le pidan que pierda la conciencia de clase.

Esas cosas el sistema no las perdona fácilmente, y por eso era pobre.

Pensar que nunca se vendió, la hacía sentir bien aún en esos momentos de angustia. Era algo para ella sola, pero quién más sino ella tenía que vivir en su alma y en su cuerpo.

La comida estaba lista.

Comenzó a preparar el plato para llevar a la mesa cuando un olor extraño le cruzó por la nariz, sutil, nauseabundo. Movi6 la cabeza tratando de localizarlo, pero se desvaneci6.

Sigui6 buscando por un instante m6s, y ya no estaba. Lo dej6 ir.

Comi6, tom6 un par de vasos de vino, y ya no pudo m6s con el sue6o. Dej6 todo as6, lo pod6a acomodar al otro d6a, estaba demasiado cansada.

Se durmi6, apenas apoy6 la cabeza en la almohada.

No pasaron ni cinco minutos, o eso fue lo que le pareci6, cuando escuch6 los ruidos.

No fuera cosa que hubiera ratas, sab6a que el barrio estaba invadido, que ya ni los gatos pod6an con ellas, pero hab6a cerrado todo.

Pens6 en levantarse, o so6o, pero otro ruido volvi6 a despertarla hasta que se levant6, o eso cre6a, y sali6 de su habitaci6n. En el pasillo le pareci6 ver como un resplandor tenue que sal6a de esa pieza. Por debajo de la puerta se insinuaba un resplandor rojo como fuego. Pod6a ser la instalaci6n el6ctrica, la lamparita, un incendio. Abri6 la puerta de golpe.

Lo que vio la hizo gritar y se despert6 por su propio grito. Afuera ya era de d6a. Todo hab6a sido un sue6o espantoso que le dej6 una sensaci6n insoportable de terror.

En el mismo instante de abrir los ojos se empez6 a desgranar el sue6o, quer6a entender por qu6 se sent6a as6, pero la materia de la que est6n hechos los sue6os se diluye demasiado r6pido con la luz del d6a, aunque la memoria intente asirla. Pero la sensaci6n de terror estaba ah6 intacta, cont6ndole cosas que no quer6a escuchar, y que si preguntaba se desvanec6an.

Sinti6 la necesidad de salir de la cama, de ponerse a hacer algo, de sacudirse esa sensaci6n horrible.

Se pas6 todo el d6a intent6ndolo. A la tarde, tarde casi noche, quedaba s6lo el recuerdo de ese sentir que la atorment6 la mitad del d6a, y que reci6n empezaba a irse.

Se meti6 a ba6ar para sacarse de encima lo 6ltimo que le quedaba de ese recuerdo, el agua bien caliente, y abundante. Dej6 que le mojara la cabeza y corriera, que le lavara las ideas por un rato.

El ba6o surti6 el efecto deseado. Sali6 de ba6arse ya limpia de sensaciones, renovada y con ganas de algo.

Tenía ganas de salir, pero ya estaba anocheciendo, y en ese barrio era mejor no salir de noche.

Alguna vez alguien un tanto místico le dijo que esa zona era un punto negro de energía, como un pozo.

Se lo dijo a su madre, ella lo recordaba y al traerlo al ahora y ponerlo en contexto, entendió que lo que dijo ese hombre no tenía nada de místico y que tenía que ver con que en un mismo lugar vivían personas que eran las piezas que hacían funcionar la maquinaria del terror que asolaba el país.

Recordaba algunos nombres, personas con las que se cruzaba y se preguntaba ¿qué habrán hecho?

Por su propio padre se preguntaba qué habrá hecho, lo conocía, sabía que disfrutaba con el dolor y la angustia de otros, ella misma padeció su sentido del humor.

¿Como no iba a salir?

Decidió ponerse a acomodar un par de cajas que le quedaban armadas y que estaban en esa pieza, por lo que llevó una lámpara. La encendió y vio la mancha, parecía que el parqué había absorbido lo que fuera eso y sólo había dejado esa mancha.

Con un cuchillo empezó a raspar a ver hasta dónde llegaba y notó que era superficial.

Capas y capas de cera protegieron la madera, se enganchó con eso y con distintos métodos fue raspando toda la mancha, las salpicaduras, y con un trapo húmedo limpió finalmente todo, y el piso quedó como nuevo.

Era la nobleza de la madera.

Cuando acercó la lámpara para ver cómo quedó el piso notó salpicaduras en la pared que no recordaba, estiró la mano para tocar una y un tirón le llevó la mente a un charco de sangre, en esa misma pieza que enchastraba también las paredes, y una

mujer tirada en el piso, su cabeza estallada y pedacitos de su cerebro pegados en la pared y desparramados entre la sangre.

Cuando se golpeó contra el piso, reaccionó y volvió a la realidad en donde limpiaba la pieza, agitada, asustada y con los ojos de la muerta aún clavados en los suyos.

Salió casi corriendo de la pieza y no paró hasta llegar a la calle.

Se frenó en el portón, antes de salir. El aire frío la sacó un poco de su interior donde estaba encerrada hacía días. Porque desde que se instaló en la casa que no hablaba con nadie, no tenía contacto con otras personas, sin darse cuenta se encerró.

Eso era, estaba sugestionada por lo que había pasado en la casa, por más que no quería pensar en eso, la mancha esa le hizo pensar en sangre. Estaba enloqueciendo porque tuvo que volver al barrio y no quería, estaba haciendo todo esto porque su inconsciente era muy despiadado. No quería que disfrutara de que por fin tenía su casa propia, y la atormentaba.

Si, era todo parte de su imaginación desbocada y alimentada por un pasado tenebroso.

Respiró profundamente y volvió a entrar, dándose ánimos y consolándose.

No le duró mucho el alivio porque cuando puso el pie dentro de la casa, todo se transformó en otro momento, era de día, la luz del sol enrarecida entraba por las ventanas, y la casa era la misma que recordaba de su infancia.

Estaba el combinado, los sillones, la mesita ratona.

Y en la pieza una mujer que lloraba y una voz de hombre que la retaba, no podía entender las palabras, pero la amenaza se entendía, y el terror en el llanto también.

Avanzó hacia la pieza, tratando de no hacer ruido, y cuando se asomó escuchó el disparo, vio como se enchastraba de sangre y seso la pared a la vez que el cuerpo caía...

Y esos ojos suplicantes que se le clavaron otra vez.

Y el hombre de espaldas se dio la vuelta pero no la vio. Titubeó, apenas un instante, se pasó la mano por la cabeza, parecía desesperado, enloquecido. Se volvió a dónde estaba el cadáver, y le puso la pistola en la mano, y la hizo disparar, dejó caer la mano y la pistola, y se miró la camiseta que estaba salpicada, se la sacó. No sabía bien qué hacer. Se miró los pantalones que también estaba salpicados, sacó ropa de un placard y se fue al baño, se lavó y se cambió la ropa, hizo un bollo, salió al patio y con una pala, hizo un pozo y enterró la ropa ensangrentada en ese rincón, donde crecían las flores raras.

Ella seguía toda la acción como si estuviera viendo una de esas obras de teatro inmersivas, donde los actores se mezclan entre el público que los tiene que ir siguiendo de una habitación a otra.

Las escenas siguientes fueron en cámara rápida, la llegada de la policía, ambulancia, las escenas transcurrían a saltos hasta que llegó su propia madre, esa escena, ese diálogo transcurrió en tiempo real.

-¿Vió lo que hizo? Le preguntó el hombre a su madre.

En los ojos de su madre, mirando el cadáver de su amiga pudo ver algo que la hizo entender.

El hombre le pidió que buscara a sus hijas en el colegio y que las llevara a su casa. Las escenas de nuevo se aceleraron y empezaron a saltar tan rápido todo se volvió un torbellino hasta que se desmayó.

Cuando se despertó era de madrugada.

Todavía sentía la sensación de lo que había visto.

Se levantó encendió la luz, automáticamente sin pensarlo y la luz encendió. La lamparita no estaba quemada, y la mancha es-

taba otra vez allí, en todo su esplendor abarcando parte del piso y las paredes, pero esta vez no pensó en limpiarla, y tampoco sentía miedo.

Entendió.

Aquellos años, los del terror. cuando ella era chica y vivía en el barrio, hubo en una población de doscientas familias, cinco “suicidios” de mujeres, tres con el arma reglamentaria, una se tomó una botella de alcohol de quemar, ese líquido azul... con ese olor tan feo, y otra prendida fuego. Contexto, entender el contexto.

Lo que vió en la mirada de su madre en la visión, fue algo que no podía explicar... no podía entender bien qué vió. Podía afirmar que no era lo que uno espera ver en los ojos de alguien que está viendo a su amiga muerta... había algo más ahí. Pero de nuevo, como los sueños que se disuelven.

No podía dejar que toda la visión se le olvidara. Tenía que recordar, por la asesinada y por las otras asesinadas, quién sabe cuántas fueron. Eran demasiados los cadáveres.

Por eso se puso a escribir, a contar todo lo que pasó, todo lo que vió.

Era la forma que encontró para intentar un poco de justicia.

Porque en algún rincón de su mente, tomó conciencia de que fue una cuestión de suerte, o de destino, o de quién sabe qué, el hecho de que su madre no haya sido una de las suicidadas.

Secuencias

1978

... **L**e gustaba violarla, decía que cogerse a una embarazada era como cogerse a dos zurdos a la vez.

Justo cuando se la estaba cogiendo empezaron las contracciones y la tuvo que llevar a la “sala de partos” y la tiró ahí. Lo que llamaban sala de partos era como un baño grande con unas camillas de metal. Se quedó mirando por el vidrio una escena que también un poco lo excitaba. Le daba placer el sufrimiento de estos zurdos.

Tenía que parir sola, arreglárselas como podía, otra contracción se metió la mano para sentir la dilatación. Ya era el momento, se puso en cuclillas como hacían las indias y así parió, por suerte fue rápido, salió de una, un cuerpito chiquito, que ni bien pudo dio un grito a todo pulmón como si supiera donde estaba. Así, en esas condiciones parió a su hija que...

1998

... **N**unca supo quién fue su madre.

En momentos como este, que la necesitaba tanto, odiaba su destino. Seguramente su madre fue... una nueva contracción la trajo a la realidad. Ese dolor que se estiraba hasta casi matarla y justo ahí se detenía.

Si, sabía quién era su madre y su padre, el parecido físico con ambos era inocultable. Pero hubiera preferido no saber quienes eran sus padres a padecer esta soledad, a pesar de tenerlos.

No podía decirles a ellos que estaba embarazada. no podía pedirles dinero para un aborto. no podía pedir ayuda a otros porque no tenía a nadie, no sabía cómo confiar en otros, se las arreglaba sola, como podía, y con esto lo único que pudo fue dejar seguir el embarazo y quién sabe qué pasaría. Estaba de ocho meses más o menos y parecía que algo pasaba.

Mil imaginaciones o mejor dicho pesadillas tuvo de cómo iba a terminar esto, y ninguna era buena. No había forma de que terminara bien.

Quedó embarazada de un estafador, en este punto ya ni siquiera importaba quien puso la semilla, porque fue ese, pero podría ser cualquiera. El único requisito era que llegara en el momento justo, cuando su psiquis estaba en eso. Su estado mental era de no me importa nada, si me contagió algo y me muero, mejor. Pero no se contagió, se embarazó.

Ese abandono de sí misma resistió al intentó de terapia, cuando la terapeuta quería llegar al punto en donde nacía su necesidad de autoflagelarse, algo la bloqueaba y no podía seguir.

La última le sugirió algo en la primera y única sesión. Ella le contaba de su padre que era muy estricto que era del ejército, que si, que estaba de servicio durante la dictadura. Y vos que hiciste? Preguntó.

Nada con qué? Yo era rechica; tenías 12 años, violaron, torturaron y mataron pibas de 12 años.

¿En qué parte estaba tu viejo? Insistió.

En comunicaciones; si claro, todos estaban en comunicaciones...

No sabía qué pensar. Le resultó muy agresiva, la quería hacer cargo de algo que ella ni siquiera entendía. Ella tenía problemas por lo que le pasó a ella, no por eso.

Otra contracción, la volvió a la realidad.

Lo único que sabía era que tenía que ponerse en cuclillas, como las indias que parían solas.

Se metió la mano para sentir y si, estaba naciendo, pero venía de patas. Si se moría esa noche ahí la encontrarían, con el pibe a medio salir...

El escándalo para su familia. Una familia tan respetable.

Raro el momento en que una familia donde el padre es un genocida impune, se la puede dar de respetable por tener un nivel económico alto, siendo que ese nivel económico los sostiene gracias al saqueo que cometió el grupo de tareas del que participaba.

Otra contracción, de nuevo la realidad espantosa que tenía que atravesar. Sola, pariendo en un baño, las baldosas frías. Todo estaba frío, pero no podía hacer nada, estaba desnuda, mojada por la transpiración del esfuerzo, agotada, pujaba pero el bebé quedó encajado de la cabeza. El cuerpito afuera balanceándose, y la cabeza que no quería salir.

Era un varón. Siempre supo que era un varón. Nunca quiso encariñarse porque no podía, no sabía cómo iba a terminar eso, pero sabía que iba a terminar mal.

Un varón. Su padre estaría orgulloso si no fuera porque ella era soltera, y porque estaba sola, porque ese hijo no tenía padre y todas las pelotudeces que le importan a cierta gente. Y si ella estaba ahí sola pariendo en el baño del departamento donde vivía era porque de alguna manera no se animó a ir contra todo eso y contra su padre. Se iban a volver locos si llegaba embarazada y abandonada.

¿Sería por eso que su hijo no quería terminar de salir? ¿Por lo que había ahí afuera?

Con cada contracción se esforzaba pero la cabeza estaba ahí trabada y no salía, empezó a estirar de las piernitas, hasta que se escuchó un crack como de hueso que se rompe.

No quiso pensar, pero se dio cuenta, eso quedó grabado también en su inconsciente, tenía para veinte años de autocastigo por lo menos, por haber matado a su hijo, su hijo varón.

Hizo fuerza ya con la mente muerta casi, porque no podía soportar más de eso, y fue cómo un tapón que se salió y ahí estaba un gran charco de sangre y su hijito muerto.

En su mente aturdida se fijó que había costras de grasa, blanca y que parecían pedacitos de ricota, pastosa, y se acordó de ese tema... la sangre y la leche juntas, querés saber lo que es estar muerto... de Cienfuegos.

El alivio del vacío. Se puso en pie, envolvió el cuerpito y todo el resto; con el secador fue llevando la sangre al desagüe, limpió el piso las paredes salpicadas, abrió la ducha caliente y se bañó.

Con el cuerpito hizo un paquete con un montón de capas de bolsas, de toallas, demás bolsas, un mantel, plástico, y más cosas, y lo dejó.

Se acostó a dormir. No se levantó para ir a trabajar, al otro día inventó un tobillo esguinzado al bajar de un bondi, por suerte era viernes.

Todo eso pasó la noche del jueves 12 de mayo de 1998, exactamente 20 años después que en otro lugar, en circunstancias que tenían alguna similitud por la soledad y el frío, una mujer pariera una nena. Su padre fue quién decidió llevarla a pesar de o porque, estaba embarazada... es que...

1978

...

Confesión

Yo no tenía conciencia de lo que estaba haciendo, dijo entre lágrimas. – Es más, recién me di cuenta lo que hice, cuando un día borracha empecé a contarlo. Recién ahí tomé conciencia.

– Entiendo. Decime si puedo seguir preguntando. Decía paciente la terapeuta, mientras ella lloraba angustiada. Es importante esto que está surgiendo creo que tenemos que profundizar.

– Si, preguntáme... necesito sacarme esto de una vez.

– Esto que te voy preguntar es para entender, ya hablamos que no sos la misma persona y todos los cambios que lograste, pero trata de ir hacia aquel momento, ¿qué pensabas que estabas haciendo?

– Yo pensaba como mi padre. No tenía mucho para elegir. Estaba convencida de que eran los malos. Además no tenía mucha capacidad de profundizar un análisis. Esos eran subversivos que nos querían meter en la cabeza ideas raras. Yo no conocía nada de la vida de otros, lo único que conocía era el barrio donde vivía. Tenía 15 años, y ya sé que muchos a esa edad estaban detenidos en ...

– La psicóloga la interrumpió.

– Tranquila, no tenés que justificarte, ahora lo que tenemos que hacer es profundizar en tu idea de ese momento, tenemos que entender.

– Lo que te puedo decir es que...

– Perdón que te vuelva a interrumpir, pero hagamos algo. Contáme todo desde el principio. Cómo pasó y lo que después hicieron, pero vamos a hacer un intento de volver a situarte en ese momento, de encontrarnos con esa que era vos. No quieras justificar ni nada, vamos a tratar de conocerla, porque de esa manera podemos entenderla.

– Bien. Éramos parte del grupo juvenil de la iglesia del barrio.

Se hacían distintas actividades. No recuerdo precisiones, la verdad, recuerdo que un día fuimos a la iglesia del barrio de al lado, creo, y ahí nos pasaron una película, “Los inundados”. Era un cine debate, y después empezó la charla y quienes estaban ahí nos hablaban de cómo se engañaba al pueblo. La verdad no me acuerdo bien tampoco de eso. Lo que sí me acuerdo es que con mi hermana detectamos cuál era el asunto y que esas personas eran subversivos. Mi padre, evidentemente, nos tenía bien entrenadas. Cuando volvimos a casa lo primero que hicimos fue contarle, y él llamó por teléfono al teniente coronel, que vino el fin de semana siguiente a visitar a la familia y a comer un asado. Era lo que pensamos, que venía de visita. Lo de que mi padre lo llamó y vino, son cosas que entiendo ahora. El tema es que nos preguntaron a mi hermana y a mí, no recuerdo mucho esa parte, no recuerdo muchos detalles, recuerdo la sensación de ese momento de poder ser útiles a la causa. Ni la más mínima conciencia de lo que podía pasarle a esos pibes.

¿Será que el pensamiento es limitado?

Ahora que lo pienso no entiendo cómo no me di cuenta, cómo no me cuestioné lo que estaba haciendo, como si hubiera estado funcionándome sólo medio cerebro que veía sólo una parte de las cosas... y por eso es que no me lo puedo perdonar. Porque de alguna manera sabía de las torturas, sabía que los mataban... pero eso para mí estaba bien, porque mi padre decía que eso estaba bien. Yo ya tenía 15 años y vivía en una burbuja, claro de eso se encargaba él, por eso no quería que hiciera nada fuera del colegio. Ni siquiera actividades extracurriculares dentro del colegio. Nada podía hacer, sólo ir a la iglesia, y en la iglesia pasa esto, y yo sin entender nada, voy y entrego a estos pibes.

Y ¿supiste qué pasó después?

– No... nunca supe más nada. Después tuvimos problemas con unas pibas que entraron al grupo y no fuimos más a la iglesia.

– O sea que por ahí estas personas están bien y no les pasó nada.

– Si, puede ser, pero el problema es lo que yo hice. Si encima por mi culpa estas personas resultaron secuestradas y todo lo demás, no sé. Cómo explicar que era una ignorante, que estaba ciega, que no había salido al mundo y lo que entendía era lo poco que dejaba pasar mi padre. Es como me formé. Yo ahora escucho a gente de mi edad que habla de cuando salió el disco de, y que fueron a comprarlo y lo escuchaban, que cuando estrenaron tal peli, que ahorraron para ir al cine. Yo vivía en un barrio del conurbano, ahora es otra cosa, pero no había nada. No llegaba nada, era un micro mundo donde todas esas cosas de las que hablan yo me fui enterando después, que existían, y a eso sumáale que mi padre no nos dejaba hacer nada, que todo era pelea, discusión y prohibición. Cuando estaba en segundo año, me invitaron a formar parte del equipo de voley de la escuela, porque jugaba bien. Teníamos las prácticas después del horario de clase que era a eso de las 18... y llego toda entusiasmada a casa a contarles, y mi viejo me dice que no, que yo no podía ir, ¿me entendés? No podía nada, no tenía forma de conocer el mundo porque nos tenía encerradas. Y vivíamos en dictadura. Seguramente habría muchas pibas y pibes con padres autoritarios que no las dejaban nada, pero este autoritario además tenía el aval directo del estado.

– ¿Y por qué no querés saber qué pasó con esas personas? Por ahí hasta están vivos y podés explicarles todo esto.

Miró a la terapeuta, porque notó algo en el tono de voz. Como un dejo burlón que le dio escalofríos.

– Si, tendría que buscarlos, por lo menos...

– ¿Qué te pasa?

Ya el tono cambió completamente y llevaba ira y desafío.

– ¿Acaso tenés miedo de enfrentarte a las personas que mandaste a la muerte?

El tono fue subiendo hasta ser un grito y a medida que se elevaba a las espaldas de la terapeuta empezaron a aparecer, literalmente a aparecer, personas, eran tres personas, tres hombre jóvenes, los hombres que fueron quienes organizaron aquel cine debate, que se le aparecían ahí y se le abalanzaban para tomar venganza.

En ese momento se despertó sobresaltada, gritando y llorando totalmente angustiada. De nuevo ese sueño, de nuevo los fantasmas que la perseguían.

Se levantó, estaba amaneciendo, fue a buscar un poco de agua y a asegurarse, y si, seguían sentados ahí, en la mesa de la cocina.

Hacía una semana que estaban... justo después de esa borrachera en la que confesó su pecado a alguien que ni siquiera entendió. Estaba muy borracha, por eso no puedo acordarse de cómo fue la conversación y la razón por la que salió ese tema, sólo recuerda la sensación de ponerle palabras a algo que venía golpeándole la conciencia desde no sabía cuando.

En su camino de convertirse en mejor persona en algún punto se dio cuenta de dónde venía, y empezó a darse cuenta en qué lugar estaba. Pero hasta esa noche de borrachera no había tomado conciencia de todo, y ahí está el resultado: cuatro presencias, tres hombres y una mujer que estaban sentados a su mesa esperando quién sabe qué, porque no le hablaban, simplemente estaban ahí esperando. Eran fantasmas, traslúcidos, como de humo y luz.

Y también en su sueño... aparecían de distintas forma, pero aparecían y la atormentaban. Y tenían razón en hacerlo, ella los entregó.

Ya no aguantaba más esa situación.

No volvió a acostarse. Se bañó, se vistió y salió.

Tenía que averiguar qué había pasado. Y de una vez bancarse la que viniera.

Soda

Cada vez que tomaba soda se acordaba de Sergio.

Era un vecino que tenía más o menos su edad...

Y después por asociación se acordaba de Flavio, otro vecino, pero de la otra cuadra, que tenía un año más.

Y después se acordaba de la noche del tiroteo. Eso a varias cuadras, cruzando la ruta.

Se escuchó una bomba primero, ahí su padre se puso en alerta, después empezaron los tiros, ráfagas de ametralladora y tiros, y otro bombazo.

Su padre agarró la pistola y se fue a buscar a su madrina, que vivía dos casas más allá y que estaba sola. Porque al marido le tocaba trabajar esa noche. Años después sabrían que alguno de esos tiros los hizo él, aunque su especialidad eran los negocios, el saqueo; ¿por qué su padre sabía que estaba sola? nunca se lo preguntaron.

Pero entre los bombazos y los tiros ni las paredes de la casa dejaron en pie. Fue todo destruido, es que sabían que la casa estaba casi vacía, tenían algún colchón donde dormir y las cosas básicas.

Estaban escapando y esa era una casa segura. No se dieron cuenta que estaban en el medio de una madriguera de milicos.

O si, se dió cuenta quién eligió la casa, porque era un infiltrado, un topo que se hacía pasar por luchador popular y no era más que un milico disfrazado.

Todas esas cosas las supo con los años.

Esa noche del tiroteo, quedó en su memoria como otro hecho más de los que ocurrían en esa época, como cuando se armó ese operativo, cuando se llevaron a una parejita joven de la quinta de Don Joaquín.

Todo el despliegue de autos patente terminada en 113, los tipos con armas largas de civil que traían a la parejita, esposados y los metían a cada uno en un auto. un falcon, y un valiant blanco.

Paradas en un banquito espiaban por la parte alta de la ventana de la cocina, que dejaba ver por sobre la medianera...

Gente armada llevándose a dos personas, los vecinos afuera, y nadie pregunta nada. nadie dice nada, sólo miran como las vacas, con ojos vacíos.

¿A nadie le llama la atención eso?

Y, no, todos sabían qué pasaba, y nadie se quería meter.

Todo esto lo trajo el recuerdo de Flavio que enloqueció. Andaba superacelerado caminando por el barrio en pleno invierno en cueros, saludando, era tan lindo, tenía esos ojos celestes verdes claros que guardaban un océano. Él no pudo soportar, tendría alrededor de diez y ocho años cuando se brotó.

Y la vecina de la otra cuadra, el nombre se perdió con el tiempo, un día se la llevaron porque quiso prender fuego toda la casa aprovechando que su marido, un ayudante de segunda de PNA, dormía la siesta.

Con el tiempo, ella volvió y se separó. Con el tiempo contó. No estaba durmiendo la siesta, estaba abusando de su hijita de

cinco años. Con el tiempo, cuando esa hijita ya mujer, encontró al abuelo abusando de su nieta, ella no se brotó, lo denunció.

Como Sergio, que sí se brotó, se subió al camión del sodero y empezó a revolver cajones de soda, hasta que alguien logró que se bajara, y se lo llevaron.

Todo eso venía en ese primer trago de soda, en cada burbuja que estallaba un fantasma del pasado se corporizaba frente a ella, y la increpaba por querer olvidarse, por no contarlos para que nadie se olvide, para que no vuelva a pasar.

Entonces ella los retaba, les gritaba, que ya era suficiente lo que le pasó a ella. Que ni siquiera pudo contar, todavía su propia historia. Que no podía porque le dolía demasiado. Tenía atragantada una niñez y adolescencia envuelta en un manto de oscuridad, que cuando pensaba en ella, no podía respirar.

Sabía que tenía que hablar, que contar, pero no podía.

Después de todo había una sociedad ahí afuera que sabía y todos guardaban silencio.

Cuando llegaba al punto de hablar de la sociedad cómplice y cobarde, se desbordaba totalmente y los gritos se escuchaban en todas las salas. Tenían que venir las enfermeras y darle algo para calmarla.

Nadie entendía qué le pasaba, de repente se brotaba y empezaba a hablar sola, y después ya sacada, a los gritos increpando a todos a su alrededor.

Claro, nadie prestaba atención, hacían el laburo como autómatas, no registraban, porque sino se hubieran dado cuenta que eso le pasaba cada vez que le daban un vaso de soda.

Aclaratorio

Mis textos para esta antología están basados en hechos reales... son historias de fantasmas y de oscuridad, y lo más penoso es que la oscuridad es real, no así los fantasmas que revolotean por ellas.

Atravesar un tiempo de oscuridad deja marcas.

Si tu padre fue parte de los perpetradores de esa oscuridad, te heredó algo de esa oscuridad...

De ahí salen estos textos que están basados en hechos reales, que tienen muchos protagonistas, porque es un texto coral... como alguna vez nos dijo Marco Bechi sobre "Garage Olimpo" todo eso pasó, pero a distintas personas, es una historia coral... y me quedó... y con el tiempo pudo ver la luz esto...

¿Casualidad?

De cómo un día esperado de reencuentro con mi hija a 11.100 km de casa, se convirtió por un hallazgo “fortuito”, en una dolorosa pero sanadora revelación.

Enamorame de Julie fue sorprendentemente bello. Corría el mes de noviembre de 2012; a mis 49 años y cuando pensaba que lo mejor que podía hacer era disfrutar de la vida sin expectativas de pareja, ella apareció ante mí en una milonga y través de un abrazo tanguero tan adorablemente intenso, nos enamoramos, y permanecemos unidas hasta el presente, 13 años después.

Ella venía de Alemania para hacer tres meses de sabático tanguero en Buenos Aires, ese período concluyó a dos meses de habernos conocido y en los que ya prácticamente convivíamos.

Intenté convencerme de que había sido una aventura de verano, temiendo que luego de su partida, no volviéramos a vernos. Pero ya era tarde, cupido me había atravesado con su flecha. Partió de regreso a su país en el mes de febrero, sin saber cuando nos reencontraríamos. A menos de dos meses de esa partida, regresó a Buenos Aires, indescriptible mi felicidad.

Ella tenía que regresar a Alemania, pero esta vez en lugar de un pasaje, compró dos y viajamos juntas. Se disiparon mis miedos y comenzó un adorable derrotero de vida juntas.

Para otro escrito dejo los detalles de lo que significó viajar por primera vez a Europa e ir a conocer a la familia de Julie y todo lo hermoso que compartimos en ese y tantos otros periplos. Lo que aquí quiero compartirles es lo que sucedió en el lapso de una semana, enmarcada en ese mismo viaje.

Desde Berlín tomé un vuelo a París para visitar a mi hija Dominique que vivía allí y a quien no veía desde hacía dos años.

Domi se estaba mudando con su novio desde una zona céntrica hacia el barrio Issy -les- Moulineaux en las afueras de la ciudad. Llegué justo para ayudarlo con esa mudanza. Bajamos las cosas de una camioneta, acomodamos un poco el nuevo departamento y salimos juntas a comprar a un supermercado al que llegamos preguntando a dónde había uno, a gente de su nuevo barrio.

Ya en el supermercado empezamos a mirar en las góndolas lo que necesitábamos para llenar su heladera. Al llegar a la de los quesos, algo que en Francia puede ser peligrosamente tentador, mientras debatíamos si Gruyere o Emmental, si Brie o Roquefort, la voz de una señora resonó a nuestras espaldas: hola chicas, ¿ustedes son argentinas? Como mi hija estaba apurada le respondí que sí de refilón, apenas girándome a verla, mientras continuábamos con nuestra compra. Ella sin darse por vencida, al detenernos en otro estante de productos, volvió a la carga: ¿están de vacaciones o viven acá?. En ese momento y al intuir que la mujer necesitaba conversar con alguna compatriota; me detuve, mientras le decía a Domi que siguiera haciendo las compras, que ya la alcanzaría.

La mujer, de unos 65 años, hablaba a borbotones y urgida por preguntas, como quien busca una respuesta anhelada. Me preguntó mi nombre; si estábamos de vacaciones; que de dónde éramos. Luego de mi respuesta me contó que se llamaba Marta,

que había venido con una vecina francesa que la trajo en su auto así no tenía que cargar peso de las compras pues su columna no estaba bien. Le pregunté qué hacía ella por allí; si era de la zona de Cuyo por la tonada con que hablaba; si también estaba de paso o de vacaciones; su respuesta: no, yo hace casi 37 años que vivo acá, me tuve que ir escapando de la ciudad de Mendoza en el año 1977 después de que desaparecieran a mi marido de la puerta de su trabajo en la Biblioteca Municipal de esa ciudad. En ese instante, mi mirada desorbitada seguida de la exclamación: ¡Uy qué loco!, la puso en guardia y le cambió el tono de voz; ¿por qué decís qué loco?! Y yo: lo digo porque mi padre es un militar que está condenado por delitos de lesa humanidad, y en ese año de 1977 era el jefe de departamento de inteligencia del Comando de la Brigada de esa localidad.

Me miró con espanto, sus ojos se tornaron gélidos y con tono cortante me dijo: ahh lo siento, lo siento mucho, estamos en veredas opuestas mientras salía casi corriendo por aquel pasillo de supermercado en donde hacía instantes conversábamos amablemente.

Corrí detrás de ella al grito de Marta, volvé, ¡no estamos en veredas opuestas!, ¡¡no te vayas!! de inmediato se giró para mirarme mientras inquisidoramente me respondió: a ver, ¿por qué no estamos en veredas opuestas? ¡¡decime!! En eso, mi hija me grita: ¡mamá vamos que tengo que volver a arreglar el quilombo de mi casa!, le pedí que por favor me esperara y le conté brevemente. Domi entendió todo sin más.

Seguí conversando con Marta que había podido relajarse al saber que mi enfoque era afín al suyo. Retomó su original actitud de urgencia por hablar y saber más.

Su amiga comenzó a llamarla pues tenían que regresar, Marta le pidió que esperara un momento, la amiga insistió, Marta le

gritó: andate sola, ¡estoy en una conversación muy importante!; su amiga le respondía enojada que no podía esperar. Ahí le dije: no te preocupes, me quedo una semana y estoy parando acá a 500 metros, en casa de mi hija; ¿vos vivís lejos?, le pregunté, me respondió que vivía cerca, a unas pocas cuadras. Cruzamos teléfonos. Al día siguiente estábamos sentadas en un café del barrio donde pude saber más detalles del horror que había tenido que padecer al tener que salir huyendo del país con sus dos pequeñxs de uno y dos años luego del secuestro de su esposo.

Ese día en el café ella me dio más detalles de la pesadilla en que se había convertido su vida en el momento en que el ejército había desaparecido a su marido.

Me contó muchas cosas sobre su huida desesperada a Francia y cómo había tenido que llevar adelante sola, una vida de exiliada con dos criaturas, que hoy adultos no querían saber nada acerca de ese pasado y que la conminaban a ella también a olvidar. Algo que jamás pudo hacer y que la catapultó a una incesante búsqueda de justicia y del cuerpo de su esposo.

Me dijo que en la urgencia de salir de la ciudad de Mendoza, pues sabía que ella sería la siguiente en ser desaparecida, se contactó para pedirle ayuda, con la cúpula de Montoneros. Ellos le dijeron que sólo por quienes estaban afiliados al partido podían hacer algo. Al parecer su desafiliación un tiempo antes, fue negativamente tomada en cuenta. Los maldice desde entonces pues la pesadilla que padeció en esa solitaria y desesperante huida, podía verse reflejada en su mirada aun casi cuarenta años después.

También supe de su boca, cómo cada vez que el EAAF (Equipo Argentino de Antropología Forense) encontraba posibles cuerpos de ex detenidos desaparecidos, ella era contactada, hasta entonces con resultados frustrantes.

En un momento me relata lo cercana que creyó estar de dar con los restos de Pedro, su marido. Fue una vez que le acercaron el dato de un buzo táctico que sabían, había participado en el año 1979 de sacar del dique El Carrizal en las afueras de la ciudad de Mendoza, cuerpos de muchas personas desaparecidas que habrían sido arrojadas allí.¹

En ese preciso instante algo me volvió a estremecer. Vinieron a mi memoria momentos hermosos que vivimos con toda mi familia en ese mismo dique los veranos del 74 y del 75; yendo a hacer esquí acuático invitadxs por un señor, del que lamentablemente no recuerdo el nombre; un empresario de la zona que nos paseaba con su lancha de manera muy amable.²

Es fácil imaginar mi conmoción ante esas revelaciones, pero esto último en particular me dio la fuerza y motivación para interpelar a mi padre a mi regreso a Argentina.

Salimos juntas del café y me invitó a conocer su casa que estaba cerca. Allí me mostró algunos documentos judiciales en donde figuraba la causa de su marido. En esa causa judicial, figuraba mi padre como uno de los responsables.

Me contó también que quería escribir un libro de memorias, le conté que quería hacer un documental. Convinimos apoyarnos mutuamente en esos proyectos.

Esa misma semana había un asado en una casa de la Memoria de París llevada adelante por exiliados ex presos políticos latinoamericanxs a la que Marta nos invitó y fuimos con mi hija.

¹ Esa acción estaba ligada directamente con el advenimiento de las comisiones internacionales de DDHH a nuestro país dada la abrumadora cantidad de denuncias que habían recibido.

² “Cualquier convergencia entre sectores empresariales y los milicos que ejecutaban el plan sistemático de exterminio no es pura casualidad” Lili dixit.

Quedamos entusiasmadas por las iniciativas en común y conmovidas por ese “casual” encuentro.

A mi regreso, intercambiamos muchos correos con Marta durante varios meses. Todo eso me dio la fuerza para poder confrontar a mi padre.

Con mucha angustia y temor pero con la esperanza de poder romper ese pacto de silencio que tienen los milicos que ejecutaron el genocidio de los 70 en nuestro país, lo enfrenté pidiéndole que por favor aportara la información que tuviera para poder ayudar a Marta y a tantas otras familias destrozadas por el horror del cual había sido parte.

Quedé muy devastada con su negativa y dura respuesta.

Corría el mes de octubre de 2013, mi padre ya estaba con condena a cadena perpetua por delitos de lesa humanidad.

Los pliegues de mi memoria por ese momento traumático no me dejan recordar lo textual con claridad, pero algunas de las frases de su respuesta fueron: pero Lili, todo tiene su contracara, para terminar la segunda guerra Estados Unidos tuvo que tirar la bomba atómica.- o a mi Dios me ha perdonado, pero no estoy arrepentido de nada.

Recuerdo responderle con frases muy duras como: ¿estás justificando uno de los mayores genocidios del siglo xx con la falaz excusa de que eso terminó con la segunda guerra mundial?! O, ¿qué dios te perdonó? ¿El de Von Wernik? Porque si no te arrepentiste de semejantes crímenes, no hay dios que te pueda perdonar.

Finalmente me echó de su casa al grito de que a él nadie lo iba a tratar de asesino.

Un par de años después entró en una espiral de decadencia por demencia senil y falleció en 2019, en ese entonces contaba ya con tres condenas a cadena perpetua. Estaba señalado en 13

causas entre las causales figuran las imputaciones de desaparición forzada de personas, tormentos agravados, apropiación de menores.

A Marta no volví a verla como hubiese querido, tampoco me respondió más los correos. Imagino que por su decepción ante mis fracasadas gestiones por conseguir información. O tal vez la presión de su familia que no quería saber más nada de su pasado en Mendoza hicieron que cortara la comunicación.

A mi me quedó la frustración de no haber podido ayudarla y también de no poder llevar adelante juntas nuestros proyectos. Qué sabor a justicia poética hubiese tenido esa colaboración. Aunque ahora mismo, pensándolo mejor...ese encuentro y que yo pueda estar escribiéndolo en este libro podría tener ese mismo sabor ...

Esa situación y la soledad en que me encontraba ante este derrotero, me costó mucha salud física y mental, algo que logré mitigar por la contención inigualable de Julie. Es que ninguna persona alemana de esa generación es ajena a las consecuencias de un genocidio. Ella entendía bien lo que estaba atravesando.

Varios años debieron pasar hasta que en el año 2017 fundamos un colectivo de descendientes de milicos que participaron en la última dictadura militar en nuestro país, a los cuales repudiamos y les decimos no en nuestro nombre. Este emergente colectivo fue un hito parteaguas más que positivo que transformó mi dolor en lucha y mi soledad en voces hermanadas.

A raíz del surgimiento de esa primera conformación Desobediente pude tomar contacto directo con integrantes de organismos de Derechos Humanos de la ciudad de Mendoza, muchos de los cuales habían sido víctimas directas del accionar de mi

padre. Esto también fue un catalizador para los resabios traumáticos que esta historia me produjo.

Aunque debo aceptar que es probable que jamás me sea posible librarme de la sensación angustiante y dolorosa de saber que mi padre formó parte de semejantes crímenes de lesa humanidad.

Hoy que las voces negacionistas del fascismo intentan volver a imponer un presente oscuro de sumisión, desmemoria y restricción de derechos, seguiremos dando testimonio vivo del peligro que encierran los totalitarismos ya sean militares, imperiales o algorítmicos.

La muñeca

Arriba del piano de mi hermana hay un juguete: muy antiguo, muy básico, una artesanía de otros tiempos. Es una muñeca en una hamaca que se puede poner en marcha apretando los costados. Creo. Quizás el mecanismo sea otro, no me acuerdo de este detalle.

A mi hermana Anastasia (en realidad, mi medio hermana) la conocí recién a mis 40. Antes, ella no tenía interés en conocerme, ya que yo era hija de la mujer, que, así lo debe haber percibido, le robó a su papá, dejándola sola con 4 hijxs a su esposa. En ese entonces Anastasia era adolescente, por ahí era entendible su postura. 8 años después de mi nacimiento, nuestro padre falleció de un tumor cerebral. Mi hermano Bastian, el mayor de los cuatro, ya adulto, empezó a ocuparse más de mí y hasta hoy tenemos un lindo vínculo a pesar de los 25 años de diferencia que nos separan. Las tres hermanas se fueron a estudiar a otras ciudades y dos de ellas fallecieron tempranamente, pocos años después, también de cancer. Era en el cumpleaños 65 de Bastian que me atreví a acercarme a Anastasia para decirle que me gustaría conocerla, y ella, gratamente sorprendida, aceptó.

Así que poco después viajé a las afueras de Freiburg donde ella vive en una casa con un bello jardín, muy parecido al que había te-

nido su madre. Es raro conocer a una hermana después de media vida. Porque sí, había muchas cosas que me parecían familiares en esa casa: los libros desparramadas por todos lados, instrumentos de música, partituras, algunos cuadros pintados por mi padre ... hubiera podido ser la casa de mi hermano, o incluso, la mía. De lo que me contó de su infancia, algo pude imaginarme, aunque a mí como hija tardía mi papa me malcrió como un abuelo. Con ella, la más chiquita de los 4, ya había sido menos estricto que con mi hermano, pero todavía eran otros tiempos: Tiempos de posguerra, cuando en Alemania todxs se esforzaban para trabajar, trabajar y trabajar para demostrar lo buenas personas que eran.

Estoy convencida que al “milagro alemán” aparte del financiamiento por el “Plan Marshall” le ayudo mucho el deseo fuerte de todo un pueblo de olvidar el pasado y hacer como si nada hubiese ocurrido. Y el trabajo siempre es una buena excusa para no tener que hablar demasiado.

Charlando con Anastasia nos dimos cuenta que a ambas nuestro padre se nos fue demasiado temprano para poder tener conversaciones adultas. Y que esa falta produce un hueco que es difícil de llenar. Nuestras madres por cierto hicieron todo para que no nos falte nada y para que, además, tuviéramos presente este padre. En mi caso, se fue convirtiendo en el personaje de un cuento, un héroe admirable, esposo y padre cariñoso, artista y músico aficionado que nunca pudo parar y que casi todo le salía bien. A quien la gente quería. Que era buen médico. Que era irremplazable. Mi hermana nunca pudo cerrar la herida que le provocó el abandono de su padre, pero a pesar de eso también lo tenía en un altar – por lo menos yo lo percibí así.

Anastasia de chiquita, al igual que yo, tuvo que aprender a tocar el piano. Nos reímos acordándonos que nuestro padre, senta-

do al lado, hacía un chiflido como de “ayy, no lo soporto” cuando nos equivocábamos practicando. Y de su orgullo cuando constataba que nos salía bien. Obviamente, él consideraba la música parte importante de la educación – bastante típico para familias pequeñoburgueses en Alemania. Entonces nos sentamos a tocar a cuatro manos algunas piezas fáciles, y ahí la vi: la muñeca de madera, tan antigua, tan dulce, de otros tiempos. Pregunté, sin pensar en nada: “¿Dónde conseguiste este juguete?” Me respondió: “Esto es lo que trajo papá de regalo a Bastian, cuando volvió de la Siberia.”

Después de 1945, nuestro padre, que había formado parte del ejercito nazi, la “Wehrmacht”, había sido prisionero de guerra en Rusia/Siberia durante cinco años, y recién volvió cuando su primer hijo ya tenía cinco años. Nunca lo había visto, pero sabía que había nacido. Y le trajo este juguete. Que años después, mi hermano se lo regaló a su hermana pequeña que lo adoraba.

Me causó dulzura esta anécdota. Igual, era raro, imaginarme a mi padre como joven soldado y como prisionero hambriento, volviendo de esa experiencia muy dura. Regresando después de tantos años, con un bolso pequeño con poca ropa y poco pan, y con este juguete. Para su mujer había pintado un cuaderno con plantas medicinales, que le habían enseñado colegas rusos. Este cuaderno también lo pude ver, y también me pareció muy dulce.

Saqué una foto a la muñeca, quería llevarme este recuerdo en imagen.

Me fui conmovida de este primer encuentro con Anastasia. Habíamos pasado tres días juntas y nos despedimos con un abrazo que ya se sentía bastante íntimo. Me cayó bien y tuve la sensación de haber conocido no solamente a ella, sino también un poco más a nuestra historia familiar.

Sabía poco o nada sobre la vida de mi padre antes de conocer a mi madre. En mi infancia nunca se habló de lo que habían vivido los integrantes de la familia durante el nazismo, durante la guerra, y tampoco se habló de los campos de detención en la Siberia. En la escuela sí habíamos aprendido mucho acerca de la época del nazismo, sobre el holocausto, sobre todo lo horrible que había pasado y que nunca más podía pasar. Pero no se me ocurrió relacionar todo eso con lo que mi padre debe haber experimentado, no se me ocurrió pensar que, formando parte del ejercito nazi como médico, era poco probable que fuera inocente.

En 2012, me enamoré de quien ahora ya desde once años es mi esposa y me vine a vivir a Buenos Aires. Todo un mundo nuevo, mucho para aprender. Darle cuenta del terrible eurocentrismo en el que me había criado era importante, y estoy agradecida que tuve la oportunidad de cuestionar muchas cosas que me habían parecido incuestionables.

Lili, mi esposa, me contó que para ella era muy difícil saber que su padre era un genocida. Que él participó en los crímenes de Lesa Humanidad durante la última dictadura cívico-militar en Argentina, en la cual desaparecieron treinta mil personas y muchos más fueron detenidos, torturados y violados por luchar por una sociedad más justa. Que fuerte, pensé. E intenté estar con ella, a su lado, cuando le agarraban momentos de desesperación.

En el 2017, se formó el primer colectivo de descendientes de genocidas que repudian su accionar. La reunión fundacional tuvo lugar en nuestra casa en Almagro. Escuché lo que intercambiaron estas seis personas, que por primera vez sentían que podían hablar con gente que lxs entendiera, de la vergüenza, del dolor, de la tristeza o de la furia que les generaba esta condición

de tener un padre/una madre/un pariente que haya sido capaz de participar en semejantes crímenes.

Lo escuché y empecé a pensar: Dónde estarán estas personas en Alemania? Personas que tuvieran la certeza que sus antecedentes hayan formado parte del genocidio nazi. Nunca había escuchado que se haya formado un grupo de personas con esta condición, nunca había escuchado que se hablara de esta temática intrafamiliar. Dado que Hitler y sus aliados no hubieran podido avanzar con sus planes sin un acuerdo muy amplio de toda la sociedad alemana de ese entonces, un porcentaje muy alto de lxs alemanxs de hoy debe tener algún familiar (o varixs) que haya/hayan participado o avalado de alguna manera la ideología nazi, incluyendo el plan sistemático de exterminio de lxs judixs, lxs gitanxs, lxs las personas LGTBIQ, lxs comunistas, lxs discapacitadx.

Empecé a investigar y encontré varios casos de personas sueltas: hijas, hijos, nietas, nietos de nazis. Pude contactarme con algunxs e intercambiamos mucho, sobre los silencios de la generación anterior, sobre sentimientos contradictorios. Leí varios libros, y con cada testimonio me sentí más interpelada. Como pudo ser que nunca se me había ocurrido preguntar nada sobre el rol de mi padre durante la segunda guerra mundial? Por qué no me llegó a la consciencia que él había formado parte de la Wehrmacht? Por qué no fui a ver la exposición sobre la Wehrmacht, que a fines del siglo 20 terminó con la leyenda que fueron únicamente integrantes de la SS que habían cometido atrocidades?

Mi madre se ofendió cuando pregunté, sintiendo que estaba juzgando a mi padre que, según ella, no había tenido otra opción que seguir este llamado al ejército, como todos los hombres en-

tre 16 y 60, pero que, también según ella, nunca había tenido una convicción nacionalsocialista. Ya mi pregunta, bastante neutra, era para ella una prueba de mi desconfianza sin fundamentos.

En la familia no queda nadie que pudiera saber más. Mis hermanos no preguntaron, su primera esposa falleció, sus hermanos también. Hay dos cajas con cartas que él mandó desde las trincheras, también desde Siberia, a su esposa, las está guardando un primo. Con él hice el intento de leerlas – algo difícil dada su letra bastante desprolija-. Igual, después de descifrar algunas lo dejamos. Hablan del tiempo, de la comida, de cómo se extraña ... - adornados con algún que otro dibujo. Supongo que anticipando censura, están escritas para no dejar entrever nada. Por lo menos tampoco hablan de ningún “éxito” militar.

Escribí a archivos y después de largos meses de espera, recibí algunas informaciones, sobre los regimientos que integró, sobre las unidades sanitarias de las cuales formaba parte y en qué región. Francia, Rusia, Estalingrado, Chequeslovaquia. Lugares de horribles batallas. Pero qué habrá sido su rol? Que habrá hecho, concretamente?

Busqué ayuda profesional de un historiador especializado en la temática, que, analizando las informaciones de los archivos y cruzándolas con otras fuentes, pudo dibujar un mapa de dónde había estado mi padre de 1939 a 1950. Pero me dijo: “al final no vas a saber mucho más. Su nombre no figura en ninguna parte. Ni que fue responsable de alguna acción, ni que se hubiera negado a participar. No es posible, sin testigos vivos, saber cual había sido su postura.”

La muñeca vuelve a mi mente. Hamaca, de un lado al otro. Es como una metáfora de mis sentimientos: Por un lado me sien-

to desagradecida estar cuestionando un padre que sí había sido muy amoroso conmigo, que recuerdo cantando, pintando, llevándome a paseos en la bicicleta, haciendo chistes con mi abuela, dibujando historietas para mí. Por otro lado siento que sería cobarde no asumir que, como miembro de la Wehrmacht, haya estado involucrado en atrocidades que ni quiero imaginar.

En Argentina, a partir de los juicios, hubo miles de personas que fueron investigadas y, muchos de ellas, condenadas por su participación en los crímenes de Lesa Humanidad. En Alemania, esto no pasó. El juicio de Nuremberg condenó a pocos y la gran mayoría, incluso integrantes de la SS o del partido nazi, retomaron una vida “normal”. Muchxs ocuparon cargos públicos en la política o educación. En el 1968, en las revueltas estudiantiles, surgió la pregunta sobre el pasado de algunos profesores universitarios, pero tampoco tuvo como consecuencia que se hicieran juicios, ni a ellos ni a nadie más. Probablemente por cuestiones prácticas: era imposible hacerle juicio a gran parte de la sociedad.

Así que no tengo certeza. Y la muñeca sobre el piano me da más preguntas. A quien le había pertenecido? Quien la había hecho? Como es que mi padre la consiguió? La habrá comprado? Encontrado? Saqueado? Robado? Se lo regaló alguien? Por qué todas sus hijas tienen nombres rusos? Tendré más hermanxs en Rusia?

La muñeca se sigue hamacando, de un extremo al otro.

Me cuesta decir: mi papá era un nazi. Tampoco puedo estar segura que no lo haya sido.

Carta al padre que eligió la sombra

(Para quienes aún buscan la verdad
entre las ruinas del silencio)

*Hay heridas que no cierran,
pero de ellas brota la memoria.*

Padre,

te escribo desde las ruinas del silencio,
desde la pesadilla que dejaste instalada en mi infancia.
Aún escucho los gritos —los tuyos, los de tus subordinados—,
esa mezcla de subordinación y valor que repetías como dogma,
como si la obediencia pudiera lavar la culpa.

Pateabas puertas,
y con cada golpe se abría el infierno.
Tu uniforme era mandato,
tu voz dictaba miedo,
tu presencia torcía el aire.

Jugabas con la picana como quien juega con el poder,
y llamabas disciplina al terror.

Nos convertiste en testigos del horror,
en hijos del silencio.

De noche vuelven las voces que callaste:
los sueños, los jóvenes con ideales,
las vidas que creyeron en un país posible
y que vos y muchos como vos decidieron apagar.
Silenciaste la esperanza de una generación,
y el eco de ese crimen aún habita los pasillos del tiempo.

Fueron treinta mil, padre.
Treinta mil desaparecidos.
Treinta mil cuerpos y nombres borrados
por una dictadura sangrienta y perversa.
Un plan sistemático de exterminio,
ejecutado por hombres como vos,
que confundieron patria con dominio,
obediencia con honor.

Esperé —por años—
que tu voz se quebrara,
que nombraras aunque fuera un solo nombre,
que el arrepentimiento te alcanzara antes de morir.
Pero tu silencio fue tu último uniforme.

Yo no heredé tu obediencia.
Soy la desobediente que engendraste sin querer,
la que repudia tu accionar con todo su ser,
la que se planta frente a tu sombra y dice:
tu sombra no alcanza mi nombre,
y no me escribo con tu historia.

Porque el silencio mata.
Porque callar es ser cómplice.
Porque recordar es una forma de justicia.

No olvido.
No perdono.
Y no me avergüenzo de haber nacido de tu derrota.

Escribo, padre,
para romper el pacto del miedo,
para devolverle voz a los ausentes,
para afirmar que seguimos aquí
las hijas, los hijos
desobedientes,
convencidos,
de que la memoria es la única victoria posible.

Documentar para sanar

Sábado 25 de octubre de 2025, me encuentro en el Museo de Arte y Memoria de La Plata. Han pasado tan sólo siete meses desde que tomé la decisión de acercarme a la Asamblea Desobediente y acá estoy, dando testimonio de mi historia para un documental. Ya se fue el miedo, la culpa, la sensación de complicidad y todas esas emociones que se atraviesan cuando uno está del otro lado, en las sombras, cargando con mucho peso y malestar.

Formar parte hoy de la Asamblea Desobediente es liberador para mí, es sentir que estoy en la vereda correcta de la historia. Sanar en colectivo simplifica mucho las cosas porque todo se hace más liviano.

Encontramos distintas herramientas para canalizar el proceso de desobediencia y casi todas están ligadas al arte. En mi caso también estoy colaborando en el proyecto de la página web que estamos trabajando junto a cooperativas y colectivos afines.

Lo cuento también en el documental porque me interesa que quien lo vea sepa que hay una página próxima a publicarse donde puede acercarse (desobedecer.org) y que la misma está pensada para gente que pasó por lo mismo; por lo que cuidamos todos los detalles.

Sé que tanto ese documental como este texto van a estar en la página y eso me pone contento porque es parte de mi aporte.

Me hago otras preguntas ¿Quién fue mi tío? ¿Qué hizo? Son preguntas que aún no puedo responder del todo. Se me viene a la mente una foto de 1991 o 1992 quizás y ahí estoy yo con mis hermanos (somos muy pequeños y todos nacimos en democracia) y ahí está él con nosotros, ya indultado por uno de los decretos de 1989. Y pienso que llegué a ese documento al googlear su nombre y cómo encontré información perdida en el Internet para tratar de armar el rompecabezas.

Y el documental va transcurriendo con mis relatos y hay un peso que va cayendo junto a estructuras y cargas familiares que se van rompiendo. Terminamos de grabar y me quedo charlando un rato con el equipo y un par de compas de la asamblea.

Vuelvo a casa, me quedo reflexionando un rato y me sale escribirle a mi hermana para contarle. Ella se pone contenta y me apoya porque también sabe lo del tío y hablamos bastante del tema. Al otro día voy a visitar a mamá y a mi hermano y también les cuento del documental (ellos ya saben de mi militancia en la asamblea). Mi vieja ya tuvo problemas con la otra familia cuando le cuestionaban cosas por nuestra postura política, así que respeta mi decisión y le parece que hice lo correcto.

En estos tiempos actuales donde el fascismo ha tomado mucha fuerza es necesario perder los miedos y juntarse, compartir en colectivo y hacer arte. Eso es lo que encontré en la Asamblea Desobediente y espero que puedan encontrar futuros desobedientes que estén en la búsqueda de la Verdad, la Memoria y la Justicia.

Nieta de un represor

Ligando con el pasado

Me acuerdo estar en el patio del colegio. El día anterior, mi abuelo había sido detenido. No se decía nada. No entendía. Quería decírselo a alguien, pero sabía que nadie iba a entender qué estaba diciendo. En esa escuela en 2002 no nos daban historia argentina contemporánea. No habíamos hablado de los golpes de estado ni las dictaduras, no sabíamos nada. Yo no sabía quién era mi abuelo, pero sabía que no podía decir que los fines de semana iba al Club Círculo Militar en Olivos, Provincia de Buenos Aires. Sabía que no podía decir eso en la escuela. Decía el club, decía que no me acordaba el nombre.

Me acuerdo. Tengo siete años, por ahí menos, mi abuelo aparece en la cocina de su casa. Me dice, como siempre, que mire el bolsillo de su camisa. Me trajo figuritas. Siempre tiene figuritas. Si no me lleva hasta la librería y me deja que elija unos stickers o unos papeles de carta. Mi lugar favorito en el mundo son las librerías. Colecciono stickers como si valieran oro. Es mi tesoro más preciado. Mi abuelo siempre me hace regalitos.

Me acuerdo. Tengo 20 años, soy profesora suplente de Historia Latinoamericana Contemporánea en una escuela industrial privada. Estamos en el Programa de Verdad y Memoria, que



Natalia Dopazo y Orlando Oscar Dopazo.
Archivos Personales. 1994

lleva adelante el Estado Nacional. El primer día que tengo que hacer la suplencia me encuentro con una actividad programada. Aparecen varias personas, entre ellas El Mono. Vamos al Centro de Detenciones El Vesubio. Vamos debajo de la autopista. Otro día vamos a la ex-ESMA o Ex-Escuela de Mecánica de la Armada, el Centros Clandestinos de Tortura y Detención más emblemático del país, por donde pasaron unas 5000 personas. El Mono se presenta, cuenta su historia, dice que militaba en el Partido Revolucionario Argentino (PCR), y que a su mujer la asesinaron en los vuelos de la muerte, donde arrojaban para su desaparición a personas vivas en el Río de la Plata. Estaba embarazada.

Llevo a distintos estudiantes de la escuela a la ex-ESMA. Es Octubre, hace calor, voy. Nos toca ir al Casino de Oficiales. Se me cierra la garganta. Recuerdo la voz de mi abuela contándome sobre sus fiestas en el Casino de Oficiales de Córdoba o

Mendoza, dónde habrá sido. No es este casino. Me acuerdo de las fotos que vi de ellos ahí. Me empiezo a dar cuenta que es el mismo tipo de lugar. En el Casino de Oficiales de la ex- ESMA funcionaba una parte del centro clandestino, nos muestran una sala de revelado de fotografía o una imprenta.



Sector "Capucha", ubicado en el segundo piso del ex Casino de Oficiales del antiguo centro clandestino de detención de la Escuela de Mecánica de la Armada (actual Espacio Memoria y Derechos Humanos), en Buenos Aires, Argentina.

Estoy en el centro de detención clandestina de la calle Humberto Primo, vamos a otra visita con estudiantes, acá estuvo la periodista Miriam Lewis. Nos muestran la terraza. A ella la dejaban salir de vez en cuando. Vemos el toldo verde y blanco que permitió que ella reconociera el lugar. VemoS también todos los edificios que están allí, imaginando todos los ojos que podrían haber visto este lugar.

Me acuerdo, Es verano, vacaciones de la escuela. Después de almorzar tengo que dormir la siesta. Yo me acuesto en un catre

al lado de la cama de mis abuelos. Bajan las persianas. Mi abuela me cuenta el cuento del gallito pelón o del yacaré. A veces cuando mi abuela trabaja, le toca a él. Siempre me habla del ternero Pombo y su mamá.

Mi abuelo fumaba. Murió de cáncer de colon. Un cáncer que nunca dijo que tenía. Mi abuelo fumó toda su vida, pero durante unos años había dejado, cuando era joven. Me contó que después de ese impase, volvió a ser adicto porque se le murió un soldado sobre una camilla después de un enfrentamiento armado.

Me acuerdo. Abro el placard de mi abuelo. Todas las tardes, antes de que mis papás pasen para volver a casa, me va a buscar a la escuela en un Ford Falcon color salmón, este es especial porque tiene caja de cambios de cinco velocidades que está adaptada. Así lo tuvo siempre, como nuevo. Abro el placard. Encuentro dos armas en el placard. No las toco. Armas viejas. Se lo cuento a mi mamá. Después supe que las vendieron. Mi abuela me dijo que Dios podía saber todo lo que yo hacía y pensaba. Y que después se lo contaba a ella.



Vista de la planta de Ford Motor Argentina en General Pacheco, Septiembre de 1982.

Es año nuevo, debe ser 1996, mi hermana es una bebita, estamos en la quinta que nos presta un amigo de mis padres en La Reja, Moreno. Vamos a ver cómo mi papá prende unos fuegos artificiales. Estamos mi abuelo y yo sentados en unas silleas, alejados, mirando las estrellas, esperando que empiece el show casero. Creo que le pregunto de qué trabajaba antes, me dice: luchaba contra la subversión.

Me acuerdo. Tengo 12 años, como todas las tardes, o muchas, lo paso en lo de mi abuela. Se separaron, estuvieron viviendo en casas distintas hasta la detención de mi abuelo. Allí ella salió de garante y acepta que él viva con ella para que no vaya a la cárcel común. De esto me voy a enterar años después. Por un tiempo no nos vimos. Mi mamá no le quiere hablar, pero con los años retomamos algún tipo de vínculo. Vivimos todos en el mismo edificio, ellos en el 1ero, nosotros en el 4to. Mi abuelo me pide que le transcriba un papel a mano y lo pase a la computadora. Él no la sabe usar. Me explica que es porque en el juicio que tiene lo acusan de algo que no hizo. Que nadie entiende nada, recuerdo que dice: no entienden el organigrama.

Él no mató a nadie. Él no mató a nadie. Algo que se repite cada cierto tiempo. No es como el represor Paulino Furió, ese sí que es jodido, ese tipo es un violento, le pegaba a sus hijos. Tu abuelo es una persona ejemplar. Mi papá, ex militante del Partido Comunista me dice: lo que pasa es que él se le puso de contra a [General Luciano] Menéndez, tu abuelo no quiso meterse en unos chanchullos y por eso lo echan antes, en 1978 lo mandan a Buenos Aires. Años después, me va a confesar que él me decía esas cosas para que yo no me preocupara tanto.

Menéndez fue a visitar a mi abuelo, Orlando Oscar Dopazo, al Hospital Militar de la Ciudad de Buenos Aires cuando estaba internado por un estudio, ya hace tiempo vive en arresto

domiciliario esperando los juicios. Según me cuenta mi abuela, se acercó a la habitación y mi abuelo se hizo el dormido, no lo quiso ver.

Es la pandemia, por vez número mil, vuelvo a intentar reconstruir quién es Orlando Oscar Dopazo, la persona a la cual el periodista Horacio Verbitsky menciona en una contratapa de Página 12 en 2004. Parece que mi abuelo estuvo en una matanza en Córdoba. Intento ir a los buscadores de juicios de lesa humanidad, pongo su apellido, sé que él se murió antes de la sentencia de uno de los juicios. ¿Cuántos casos son, 3, 4? ¿cuál es la diferencia entre las causas? ¿está en la mega causa de La Perla, el centro de detenciones clandestino cerca de Córdoba? Eso me lo dijo mi novio de aquella época cuando no quiso asistir a una cena familiar. ¿Fue responsable del secuestro del periodista Paco Urondo? ¿cuál era su rango? ¿Coronel, teniente Coronel? Sé que estudió en la Escuela de Guerra. Que venía de una familia humilde de Entre Ríos, que quiso ir ahí desde chico. Que a la Escuela de Guerra no entran todos. Que él era muy inteligente. Según mi papá, era una persona con pocas luces. Abro el buscador y por primera vez encuentro un documento elaborado por la Secretaría de Derechos Humanos de La Nación Argentina que habla sobre los organigramas. Es un PDF. CNTRL+F. Dopazo. Aparece el término COT en 1976 en la División de Inteligencia G2.

Cuando mirás al monstruo a la cara no podés hacerte más la boluda. Eso me lo dice Lili Furió. Ella es una hija desobediente. Lesbiana, activista, tanguera, Lili siempre fue la mejor amiga de mi mamá junto con María Marta. Las tres hijas de represores. Las tres amigas desde la adolescencia. La única que decidió convertirse en militante por los derechos humanos es Lili. Es como una madrina para esos temas que no podés hablar con nadie más. Cuando estés lista me invita a las reuniones. No voy.

24 de Marzo de 2022, o tal vez no es esa fecha, pero estoy en la casa de mi amiga Lucía Vela. Su mamá fue secuestrada y torturada, picaneada cuando era una adolescente. Lloramos juntas, nos abrazamos, la escucho hablar sobre el guión que escribe, sobre el exilio de su mamá y su tía. Su tía decidió no volver. También la torturaron. Su mamá sí volvió. Hace poco declaró en un juicio de la verdad.

Estoy en mi casa nueva, lejos de Buenos Aires, en Boston. Sueño con una mujer de pelo corto que corre, la persiguen. La encuentran, la torturan. Le hacen el submarino. Le sacan las uñas. Me despierto con la sangre helada. Sueño varias veces más. Sigo soñando con la mujer de pelo corto, corre, tiene miedo. Corre por una fábrica. Trato de buscar quiénes pueden ser las mujeres detenidas desaparecidas que mi abuelo mató o secuestró. No la veo. Me atormentan los sueños. Empiezo a tener miedo de dormir. Mi médica, Roxy, me dice que le escriba una carta a mi abuelo, una a mi mamá y una a la mujer de pelo corto. A mi abuelo le escribo que no lo perdono, que lo odio, que me lastimó y que ni me puedo imaginar a cuántas personas le cagó la vida. Las hizo mierda. Le digo que lo quise cuando era mi abuelo bueno, pero eso ya no existe más. Le escribo a mi mamá, que no entiendo cómo me dejó al cuidado de semejante monstruo. A la mujer de pelo corto le pido perdón por lo que le hizo mi familia. Quemo las tres cartas. A los días vuelvo a soñar con ella, esta vez me dice bendiciones, me da un beso en la frente. No la vuelvo a ver más.

Un día mi abuela me regala todos los platos con insignias militares que tiene guardados. Elegíte los que te gusten, me dice. Antes los tenía colgados en la pared. No sé qué hacer. No sé qué decirle. Agarro algunos, a la salida los tiro a la basura. Después de la muerte de mi abuelo también me regala todos sus trajes de regalia. No tengo idea dónde están. Tampoco quiero saberlo.

Estoy después de una de las clases de historia, esta vez volvió “El Mono”. Yo tengo un nudo en la garganta. No sé qué hacer, sólo quiero llorar. Es la primera vez en mi vida que veo a una persona con cuerpo y voz que estuvo detenida y fue víctima directa del Terrorismo de Estado. Me pregunto cuántos como él hay. Le digo que necesito contarle algo y le explico que mi abuelo fue represor. Con mucha vergüenza, lágrimas en los ojos, no puedo ni explicar quién fue porque no lo sé. Cada vez que quiero aprenderlo me lo olvido. Es como si mi mente quisiera que no recuerde ese horror. Me dice que no pasa nada, me da un abrazo, nos tomamos un café en la panadería a una cuadra de la escuela. La próxima vez que me ve me da un libro sobre la historia del partido. Ese año, unos meses antes, había muerto Orlando Oscar Dopazo en el Hospital Militar. Tuvo un paro cardíaco en el momento en que me vio. Me agarró la mano y se descompuso.



Orlando Oscar Dopazo en una Demostración Militar.
Archivos Personales. Sin Fecha.

Me acuerdo. Tengo 19 o 21 años, perdí la billetera. Me llama un chico, la encontró. Estoy estudiando Antropología. Me cuenta que está todo, pero entre mis documentos hay un carnet del Círculo Militar. Se me hiela la sangre. Soy socia vitalicia por ser la nieta de mi abuelo. Nunca lo había pensado antes, hace mucho que no voy. No me gusta ir, nunca me gustó. Mi familia si va, mi viejo ex militante del PC y mi mamá usan la pileta, organizan asados. Yo hace tiempo que dejé de ir. Me doy cuenta que el peor de mis miedos se hace realidad, alguien sabe mi secreto. Al día siguiente llamo al círculo, me desasocio a los días, sólo tengo que ir en persona a la sede San Martín y decir que no quiero ser más socia. Lo hago. Sigo siendo la única persona de mi familia que hizo eso.

Cena familiar con mis abuelos. Se acuerdan de un cabo que a veces fue a buscar a mi mamá a la escuela porque había un enfrentamiento armado. Escuché muchas veces en la mesa familiar el término enfrentamiento armado. A mis casi 34 años entendí que estaban hablando de terrorismo de estado. Me pregunto cuánto sabe mi mamá. Un día le pregunto, hace poco, qué sabía ella. Lloro. Me dice: vos no te tenés que hacer cargo de las monstruosidades de tu abuelo. Habla poco. Hay dolores que no tienen palabras.

Me acuerdo. Tengo ocho años. Mi abuelo va a un acto escolar porque mis padres no pueden ir. Me dice algo como, vos sos la última Dopazo. Ya no van a quedar más porque si tenés hijos no les vas a pasar ese apellido. Le pregunto a mi papá después y me explica que por eso tengo los dos apellidos, García Dopazo. Porque para él era importante. Ahora me doy cuenta que tengo la posibilidad de cortar el linaje Dopazo. Me viene una certeza y sé que no voy a tener hijos. Que esta sangre se termina acá.

Benjamin Hotchner-Blaser

En la sombra del imperio estadounidense

El nudo en mi estómago me paralizó. El guía del sitio de memoria había pronunciado esas palabras: “CIA”. Miré a mi padre: su mirada no delataba emoción alguna. Volví a observar al guía, quien continuaba su presentación en Automotores Orletti, el antiguo centro clandestino que sirvió como sede del Plan Cóndor en Argentina. La tensión en el aire se me hacía insoportable, aunque pasaba, espero, desapercibida para el guía, que seguía recorriendo con nosotros esta historia sangrienta.

Mucho nos había traído hasta acá. Mi padre había trabajado veintiocho años en la CIA¹, jubilándose como Subdirector de Operaciones Antiterroristas; yo, habiendo crecido en el entorno privilegiado de los “niños de tercera cultura” en Bélgica, Reino Unido, El Salvador, Mauricio, Uganda y Tanzania, me sentía a la vez inspirado y horrorizado por el mundo que me rodeaba. Después del divorcio de mis padres, cuando yo tenía alrededor de seis años, mi padre, mis hermanas y yo comenzamos a intercambiar visitas entre Estados Unidos y cualquier lugar que en ese

¹ Probablemente nunca sepa exactamente lo que mi padre hizo durante su carrera, pero desde que su carrera fue “desclasificada” al jubilarse, él ha hablado públicamente sobre la misma. No supe su último título hasta diciembre de 2024, por lo que este ensayo está escrito, en su mayor parte, desde mi perspectiva anterior a eso.

momento fuera nuestro “hogar”. Fue durante una de esas visitas, alrededor de los trece años, cuando me dijo dónde trabajaba. Mi primera pregunta fue si alguna vez había matado a alguien. Dijo que no. Si no hubiera sido por la paciencia y la solidaridad de mis futuras comunidades, quizás me habría bastado con eso.

Los años pasaron y, al tiempo que *normalizaba* y guardaba el secreto de mi padre, de a poco fui encontrando mi lugar en una variedad de países del Sur global, en el entorno internacional y multicultural de mis escuelas, y en la burbuja liberal y nacionalista de las embajadas estadounidenses en el extranjero. Me sentía abrumado por las contradicciones y por mi posición respecto de ellas. Me descubrí saltando frenéticamente entre ideologías y objetivos de vida correspondientes. Leí toda la obra de Camus y me volví muy existencialista. Vi e imité videos de entrenamiento de los Navy Seals. Ayuné durante el Ramadán. Escuché a Ron Paul una semana y a Noam Chomsky la siguiente. Por fuera de toda ideología dominante, fue fácil para mí poner fe en la representación optimista, encarnada por Barack Obama, de una democracia liberal y plural.

Luego, Donald Trump ganó y mi burbuja estalló. En una mañana interminable, sentí cómo se derrumbaban a mi alrededor los sentidos que creía comunes cuando mis padres comenzaron a trabajar para una nueva administración violenta y visiblemente fascista. Los vi lidiar con ello cada uno a su manera. Mi madre, siempre a la espera de un cargo de embajadora tras más de diez años como subembajadora en Mauricio, Uganda y Tanzania, terminó como cónsul general en Ciudad del Cabo, donde al poco tiempo se jubiló. Gracias a que ocupó puestos relativamente alejados de los aspectos más brutales de la política exterior estadounidense, no creo que haya contribuido activamente a su violencia, pero tampoco ha desafiado al poder al

firmar, por ejemplo, “Cables de Disidencia”². Cuando veía a mi padre, no recuerdo que se quejara de su trabajo en DC, excepto por los largos turnos “monitoreando emergencias”. Cuando le ofrecieron un ascenso al Consejo de Seguridad Nacional (NSC), recuerdo sentir cierta incomodidad, pero también mi desilusión cuando rechazó la oferta para estar cerca de nosotros y de su esposa. Quería que fuera uno de “los buenos”.

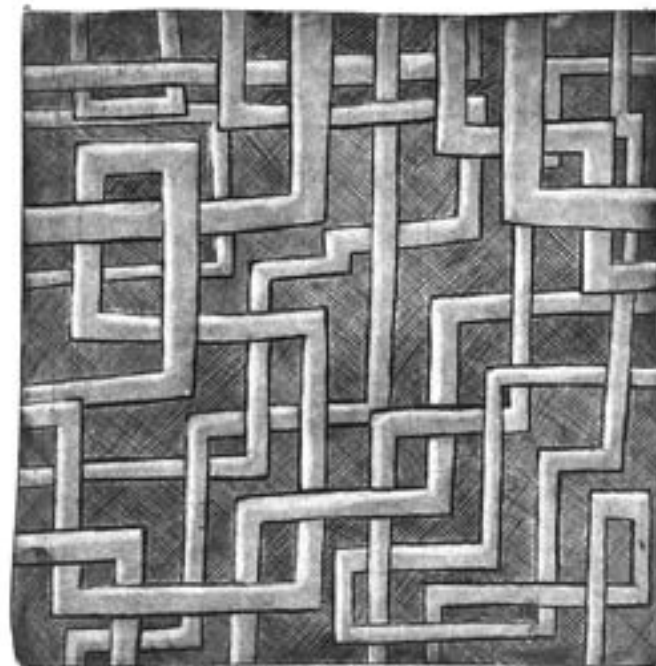
Terminé la secundaria y, tras unos días de festejos, me mudé a Kasulu, Tanzania, la provincia noroccidental que alberga el extenso campo de refugiados de Nyarugusu para ACNUR³. Hice prácticas en la Unidad de Reasentamiento, que trabajaba para trasladar a refugiados a nuevos países. Después de mi primer día, en el autobús de regreso a Kasulu, me senté atrás y lloré, prometiéndome no volverme insensible ante lo que había visto. Los cientos de profesionales dedicados que trabajaban con escaso apoyo político demostraban la gravedad de la situación, pero fue la historia de Kashindi Remi —un refugiado burundés y su familia, destinados a reasentarse en Canadá— la que me cambió para siempre. Había crecido y vivido su juventud en Burundi, donde una disputa de tierras con un tío, miembro de una milicia local, lo obligó a huir a la RDC. Su tío y sus cómplices lo persiguieron y le dejaron una cicatriz visible en el

2 Un proceso implementado después de los fracasos en la Guerra de Vietnam para que el personal de la embajada “disidente” con la política oficial de Estados Unidos ante el liderazgo en Washington sin temor a represalias, aunque es imposible mejorarlo o evaluarlo en todos los casos.

3 Una pasantía financiada y organizada por mi madre. Quería destacar en mi tiempo libre y me esforcé por demostrar mi valía, pero sigue siendo cierto. Ella ha dicho que se arrepiente de haberme puesto en estas prácticas por lo que me han hecho, algo que nunca sé muy bien cómo tomar.

rostro. Huyó nuevamente como refugiado a Tanzania; llevaba 25 años en Nyarugusu. Era el único lugar que sus hijos, algunos ya adultos, conocían. Mientras trabajaba como representante de su sección, reconoció a milicianos de Burundi que reclutaban. Los denunció ante las autoridades y, durante los últimos años, tuvo que permanecer bajo custodia protectora fuera del campo, a la espera de que un tercer país lo acogiera. Cuando le pregunté a este hombre, ya entrado en sus cincuenta, qué le gustaría hacer en Canadá, dijo que quería ser médico para ayudar a la gente. Sentí el peso de la desigualdad global no como una idea abstracta, sino como una crítica personal. Su optimismo y su sentido de servicio me han acompañado durante años.

Poco después me mudé a Estados Unidos para estudiar en William & Mary, donde por primera vez viví, hice amigos, me enamoré y más, en el país que siempre me habían dicho que era “mi país”. Estaba decidido a invertir tiempo y energía en construir esta versión “americana” de mí mismo, pero luchaba contra una nueva forma de choque cultural. Aún inseguro de cuál era mi lugar, un amigo me convenció de postularme a un semestre en Argentina con la Comisión Provincial por la Memoria (CPM), una organización de derechos humanos. Llegué a La Plata en febrero de 2020, donde me impactaron de inmediato el dolor profundo y la fuerza arraigados en la historia y la cultura argentinas. Sentí que, por primera vez en mi vida, me encontraba cara a cara con los horrores de mi país: la tortura, las desapariciones, el Plan Cóndor y la Escuela de las Américas. Pero la gente también construía resistencia. Mi breve tiempo allí coincidió con el auge del movimiento por el derecho al aborto “seguro, legal y gratuito” —mi primera experiencia real de protesta popular. La pandemia nos obligó a regresar, pero supe que allí había algo para mí.



La organización de demandas populares en espacios públicos se vio reflejada más tarde en las justas protestas del verano por las vidas negras, mientras la presidencia de Trump descendía a los círculos más profundos del infierno de Dante. El miedo y la violencia constantes que presencié en DC, Richmond, Williamsburg y en Estados Unidos en general fueron una brutal revelación: nuestro sistema entero fracasa en garantizar la dignidad y los derechos humanos. Leí a Hannah Arendt por primera vez el semestre siguiente en una clase de teoría política. Encontré sabiduría en sus ensayos sobre el juicio a Adolf Eichmann y su concepto de la “banalidad del mal”, que ayudaba a explicar cómo las redes amplias disimulan y distribuyen la responsabi-

lidad por los actos violentos entre sus nodos. Los verdaderos “monstruos” de la sociedad no despiertan cada día con veneno goteando, pues eso niega que la gente buena —que jamás vi maltratar— pueda cometer atrocidades.

Tras graduarme, me instalé temporalmente en la casa de retiro de mi padre en Minneapolis, Minnesota, durante los meses previos a mi mudanza planificada a Argentina. Por primera vez en mucho tiempo, pasé mucho tiempo a solas con él. Lo encontré enfocado en aprender a tocar la guitarra, leer libros y realizar trabajo comunitario y a medio tiempo en varias juntas directivas. Intenté hablar de política como solíamos hacer en otras épocas, pero noté reticencia en ambos. Por ejemplo, su esposa, Barbara, tiene la tradición de compartir en la cena los “agradecimientos” y las “esperanzas” del día. El 6 de enero de 2022 dediqué ambos a los oficiales que defendieron el Capitolio de los insurgentes de extrema derecha un año antes. Debo admitir que aquella cena no fue la más relajada. Cuando faltaba poco para mi mudanza a La Plata, vi *La noche de 12 años*, una película sobre el gobierno militar uruguayo (respaldado por EE.UU.) y el confinamiento solitario de tres miembros de la guerrilla izquierdista MLN-Tupamaros. Sentí esa urgencia —ese desafío al enfrentar mi fondo— de la historia que viví en Argentina. Caminé por mi habitación hasta altas horas de la noche, confrontado por la hipocresía de llorar al final de la película mientras un exagente de la CIA dormía en el piso de arriba. No me sentía listo para hacerle a mi padre todas esas preguntas que me acosaban.

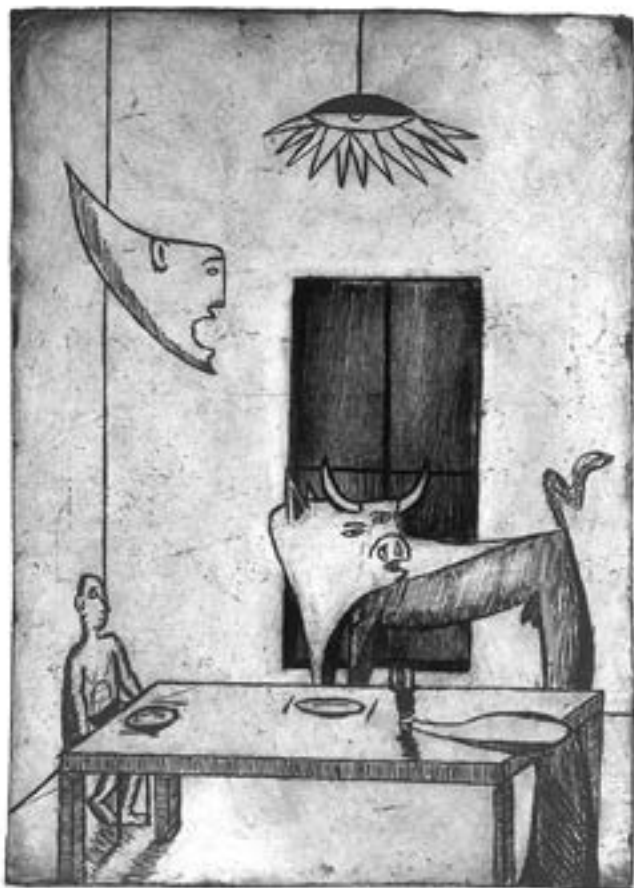
Aterricé en Argentina a finales de marzo y, dos días después, con el español más oxidado posible, comencé mi maestría. Todo fue una lucha emocional. Las clases de cuatro horas en otro idioma, con las particularidades y la extroversión de los argentinos, no siempre eran fáciles de seguir, pero me sentí estimulado por

el desafío y, en fin, no tuve más opción que seguir intentándolo. Afortunadamente, mis compañeros y profesores —la mayoría con décadas de activismo compartido— mostraron paciencia. Las clases, enfocadas en diferentes aspectos internacionales de los derechos humanos, revelaron aún más lo profundo y sangriento del abismo que separa a EE.UU. del resto del mundo. Me ataqué en el choque cultural, demasiado obsesionado con nuestras diferencias como para responder a la apertura de mi nueva comunidad — no en las diferencias ideológicas superficiales, sino en la vergüenza de lo que percibía como una presentación falsa. Fueran proyectadas o reales, sentía las preguntas sobre qué diablos estaba haciendo acá y si pensaran que yo era quien había sido mi padre.

Durante todo mi primer año en Argentina, con la vergüenza cada vez más pesada en mis espaldas, todavía no lograba compartirlo con nadie. Revelar la verdad a mi nueva comunidad me parecía deshonesto—o, peor aún, hipócrita— si no saldaba cuentas con él primero. Reuní el valor para escribirle:

“¿Cómo separabas el legado de tu organización del trabajo que hacías? ¿Hubo algún conflicto interno alguna vez?” Su respuesta rozó un “aprender de la historia” genérico. Al citar los horrores actuales de la política exterior estadounidense, respondió: “Tú y yo tendríamos visiones distintas sobre cada uno de esos temas — tanto en lo que realmente ocurrió como en el porqué—, y requeriría una conversación más larga de lo que es posible aquí y ahora”.

Me pareció que su premisa —que nuestras diferencias eran meramente “políticas”— revelaba que, para él, esto era como cualquier cena de Acción de Gracias. Tras reflexionar, le propuse planear un viaje a Buenos Aires para el próximo marzo, dejando claro que aquí tendríamos esta conversación en mis términos. Junto con la logística, comencé a preparar mi postura para el “debate” inminente: o bien él denunciaba el trabajo de su vida



y, como un hombre de poco más de 50 años, comenzaba una segunda carrera (una posibilidad remota), o bien le pediría el espacio incondicional para construir mi camino repudiando el suyo (lo más probable).

Pasaron los meses y la ansiedad creció en mí como una fiebre mientras se acercaba su llegada. Sería la última vez que fingi-

ríamos una relación normal de padre e hijo. Intenté comenzar la semana reconectando y haciendo turismo, pero al tercer día visitamos la ex-ESMA, el antiguo centro clandestino donde miles fueron desaparecidos, torturados y arrojados al mar en los infames “vuelos de la muerte”. Al entrar y doblar a la izquierda por un camino de ladrillos interminable y ver la fachada del museo con los rostros de los desaparecidos, dejamos de ser solo un hijo y su padre. El video introductorio —condenatorio en su fuerza histórica— levantó un muro entre nosotros. Mientras recorríamos el museo, él se quedaba atrás, leyendo cada texto sin reaccionar. Esa distancia enfocada me golpeó aún más al llegar a las celdas, a la sala donde las prisioneras embarazadas daban a luz a sus bebés (para luego robárselos) y a las cámaras de tortura. Intenté acortar la distancia que nos separaba al conversar, pero las historias de sobrevivientes en las pantallas o su mirada cortante lo impedía. Él se envolvió en una máscara, con su lenguaje corporal ocultando toda respuesta a aquella historia.

Entre visitas a otros sitios de memoria y museos, hicimos un recorrido por la historia judía de Buenos Aires —propuesto por mi padre⁴— guiado por un rabino. Aproveché para hacerle preguntas, delante de mi padre, sobre el antisemitismo que plagó la dictadura militar, incluida la desaparición desproporcionada de ciudadanos judíos. El último día completo juntos lo pasamos en Floresta, el barrio arbolado del oeste de Buenos Aires que alberga Automotores Orletti, la antigua sede del Plan Cóndor.

4 Siempre había sido un apasionado de la Segunda Guerra Mundial y, tras redescubrir nuestras raíces judías en los últimos años (incluyendo a toda una rama de la familia que pereció en el Holocausto), también se interesó por la historia judía. Mi hermana, por ejemplo, descubrió que tenemos un tío abuelo, ahora en Israel, que sobrevivió al Holocausto gracias a Oscar Schindler.

Tras llamar a la puerta, un empleado nos dejó entrar y, aunque requería reserva, nos guio brevemente por el complejo. Explicó la cooperación entre las fuerzas militares sudamericanas y la CIA, el uso sistemático de la tortura y el asesinato, y los procesos vigentes de justicia y de memoria. Mientras yo me sentía atrapado en la incómoda ironía de presenciar cómo un ex agente de la CIA visitaba un lugar donde habían trabajado sus predecesores, mi padre no reveló nada. La “máscara” regresó con la misma mirada inexpresiva de siempre. Quería prestar atención y hacer preguntas, pero temía delatar por qué estábamos allí. ¿El guía intuiría la razón? ¿Y mi padre?

Al salir de la luz fría y artificial de Automotores Orletti, la luz natural no alivió la fragilidad de nuestras interacciones. Tras un interminable viaje en autobús, cenamos en silencio y nos dormimos. A la tarde siguiente, él partiría, así que por la mañana terminaría lo que habíamos empezado.

Tras una noche en vela, finalmente amaneció. Compramos café antes de regresar a la habitación del hotel...

¿Qué hiciste en tu carrera?

Se negó, citando el carácter clasificado de su trabajo. Repliqué que eso ya no era suficiente para mí.

¿Has torturado a alguien?

Dijo que no, aunque insistió en llamar al acto “interrogatorio mejorado”.

¿En qué te diferencias de la historia que vimos aquí?

Habló de cómo nuestras diferencias eran “solo políticas” que ambos debíamos respetar.

¿Has estado en un centro clandestino?

Un “no” rápido.

La conversación continuó en la misma línea hasta que finalmente cayó el silencio entre nosotros. Mientras nos mirábamos a través de la habitación, cayó en mí la realidad: él no asumiría responsabilidad alguna por el camino que había elegido en la vida. Rompí el silencio y, con toda mi fuerza, le dije que necesitaba distancia en nuestra relación. Asintió con un “bueno”, como si estallara una bomba silenciosa. Su posición junto a la ventana oscureció su expresión; intenté leerla en su rostro, en vano. Lo único que me mostró a su propio hijo fue esa máscara. Finalmente, bajamos y caminamos hasta la estación de metro *Diagonal Norte*, donde yo comenzaría mi viaje de regreso a La Plata. Nos abrazamos —yo con lágrimas en los ojos— y nos separamos. Esta historia no ha terminado, pero mi alivio al cerrar ese capítulo de ansiedad e incertidumbre fue palpable.

Luego vino el siguiente paso: ser honesto con mi comunidad aquí en Argentina, con todos aquellos a quienes sentí que había mentido al ocultar parte de mi identidad. Comencé con amigos cercanos, muchos de ellos con preguntas y dudas comprensibles. Conforme ganaba confianza en que no sería rechazado, empecé a contárselo a compañeros de clase y colegas. A través de ellos, finalmente conecté con Laura, una trabajadora de la CPM cuyo padre fue oficial de inteligencia durante la dictadura (y sobrina de una tía desaparecida). Ella había seguido un camino similar al mío, pero décadas antes, soportando la ira de su padre y de su familia. También me habló de otros. La soledad se disipó. ¿Y no es eso hermoso? Me sugirió hablar con Lili, otra desobediente que vivía en Buenos Aires. Unas semanas después, tuve una conversación intensa pero inspiradora con ella en un café Havanna y me invitó a hablar en la próxima reunión virtual del grupo. Algo que me emocionó y aterrizó a la vez. ¿Me permitiría mi español contar mi histo-

ria? ¿Cuestionarían mi propósito o compromiso? ¿Me sentiría incluido aquí?

Me uní a una reunión de la Asamblea Desobediente una tarde y, tras breves discusiones entre sus miembros, intenté presentarme con la mayor honestidad posible —ahora que podía. Ellos también se presentaron. Todxs una generación mayor que yo, aún enfrentaban la misma impunidad y violencia silenciosa que existen en sus familias, la mayoría con padres en prisión por crímenes de lesa humanidad cometidos durante la última dictadura. Más allá de estas historias en común, estaban los relatos individuales: una trabajadora social, un abogado, una cineasta, una urbanista y muchxs más. Poco a poco lxs he ido conociendo, inspirándome cada vez más en su encarnación de la máxima de que lo personal es político. Somos familia entre las familias que perdimos. En esa tragedia, no somos víctimas. Como dice Laura: “Puedes tener un padre terrible que no cometió crímenes”. Nuestro papel, en efecto, es ser testigos activos de los delitos de nuestros padres, presentes en los movimientos contra los sistemas que perpetúan esa violencia, y apoyo moral para nuevos desobedientes que necesiten un lugar. Gracias a ellos y a incontables otros, encontré mi espacio en Argentina.

Estos desafíos personales y pequeñas victorias coincidieron con las elecciones de 2023 en Argentina, cuyas similitudes con la victoria de Donald Trump en 2016 eran groseramente palpables: el político moderado y experimentado contra el novato de ultraderecha; el cansancio frente al statu quo; la prioridad de la “cordialidad democrática” y evitar perder derechos en vez de un programa político proactivo. No me atreví a expresar estos temores; francamente, no podía creer que Javier Milei pudiera ganar. La Argentina que me había rodeado era la de la solidaridad, la justicia social y el compromiso con la reparación de los daños

históricos. Esa noche fue un “dèjà vu” El mundo se derrumbó otra vez. Escribí a amigos prometiendo que estaría firme junto a ellos, pero me senté solo en mi departamento, fumando cigarrillos sin parar por primera vez en años, entre la incredulidad, la rabia y una tristeza profunda. Mientras la presidencia de Milei, en su primer año, ha superado nuestras peores expectativas —facilitada en parte por una administración Biden “liberal”—, me persigue la pregunta: ¿qué hacer ahora?

La red político-militar-industrial, respaldada por Estados Unidos, se extiende por las Américas. Los nodos violentos de este sistema, gracias a su alcance temporal y a la profundidad de su influencia, operan eficazmente como una red a través del lenguaje común del capital, el militarismo y el poder. Cuando algún punto del sistema se “modera”, otras partes de la red —ya sean financieras, militares, de espionaje, etc.— pueden intervenir para llenar el vacío. Así, Reagan y la NSA financiaron en secreto a los Contras cuando el Congreso impuso límites tardíos al ejecutivo, o como la CIA, restringida por el “hippie” Carter, alentó al ejército salvadoreño a usar el “método argentino” de anti-subversión. La red es lo que mantuvo a Johnson, Nixon, Ford, Carter y Reagan condescendientes, cuando no cómplices, del Plan Cóndor.

La presencia represiva de la seguridad estatal (“mano dura”) y la economía neoliberal que caracterizaron la “era de las dictaduras” en las Américas de los 60 y 70 resurgen ahora en el “populismo” de ultraderecha (Bolsonaro, Trump, Bukele, Milei, etc.). El peligro que esto supone para el progreso humano es grave y debemos organizarnos contra ello de manera internacionalista. Necesitamos una red contra-hegemónica, más amplia y profunda que la actual, basada en mayorías democráticas y en derechos humanos. Para construir este nuevo “continente

americano” que represente a todos sus pueblos, requerimos un “lenguaje común” que fortalezca los derechos humanos internacionales, desplazando la soberanía del Estado hacia la comunidad global⁵.

Creo que la Asamblea Desobediente, y otras organizaciones similares, pueden desempeñar un papel nicho pero amplio⁶ en esta red, como puntos de referencia y testigos de la violencia, rechazando las pretensiones del establecimiento neocolonial de haber ejercido su poder de manera legítima, y ayudando a que más “desobedientes” no se sientan “locos”. Pero necesitamos movimientos que impulsen a más personas a concebir lo personal como político en nuestros círculos. En EE.UU., nosotros —víctimas y beneficiarios de este imperio, sobre todo si crecimos privilegiados por parte de sus agentes— debemos rechazar la impunidad que exige el complejo político-militar-industrial. La acción dependerá de cada contexto, pero la neutralidad por sí

5 Si bien suena alta, al menos dentro de Estados Unidos la propuesta es bastante discreta. Todos los tratados, convenciones y protocolos de derechos humanos que Estados Unidos no ha ratificado deben ser ratificados, con el menor número de reservas posible. El método reconocido de interpretación del derecho internacional y de los derechos humanos dice, además del principio de que los Estados actúan de “buena fe” al firmar normas internacionales y el “principio pro-persona”, que requiere que cualquier interpretación proteja mejor el derecho de alguien. Mientras las propuestas legales izquierdistas fracasan bajo el peso de 50 años de la Sociedad Federalista y el control derechista de las Cortes, el derecho internacional -ya ratificado (PIDCP, DADDH, etc.) o aún por ratificar- descuenta las metodologías *originalista* y *textualista*, y puede representar el nuevo principio organizativo para activistas, académicos, legisladores y profesionales del derecho.

6 “Nicho” por que no deberíamos considerarnos víctimas ni sacar a ellxs de su lugar en el escenario político y social (como expresó Laura, “puedes tener un padre terrible que no cometió delitos” y vice versa), y “amplio” por que la “desobediencia” es parte de cualquier sociedad que encuentra injusticias en su tejido social.

sola debe terminar. Reconozco la complejidad del mundo, pero también hay cosas claramente injustas. Exijamos responsabilidades a las personas e instituciones. Critiquémoslas y presionémoslas para que usen mejor su dinero, su poder y sus privilegios. Las Américas —y el mundo— entran en una fase nueva e incierta. Aún queda un resquicio para que los pueblos derribemos este sistema internacional de colonialismo, militarismo y capitalismo con nuevos lazos que celebren nuestra humanidad común.

Este texto está disponible tmb en inglés,
consultar las redes (desobedecer.org)

Los dibujos en página 81 y 84 son del autor,
Benjamin Hotchner-Blaser.

Pedro Furió

Camino desobediente

Es noche oscura el camino
sin lunas ni amaneceres
sin pasos que me acompañen
sin sueños que me desvelen
sin pasos que me acompañen
y me desvelen

De pronto un candil que aclara
lo oscuro de aquella culpa
verdad que estaba escondida
verdad es luz que me alumbra
verdad que estaba escondida
luz que me alumbra

Camino de ojos abiertos
entre almas enmudecidas
negando las vejaciones
de la obediencia sufrida
negando las vejaciones
en piel sufrida

El viento de la memoria
Constante, pero con calma
Me junta con mis hermanos
Los de sangre y los del alma
Me junta con mis hermanos
y los del alma

Pesada carga es la sangre
mezclada con el olvido
envuelta con la vergüenza
de haber estado dormido
dormido de las verdades
que van conmigo

Este poema compone la letra de la canción *Camino Desobediente* (Zamba) que se puede escuchar en el siguiente link interpretado por Chiqui Ledesma en voz, Matías Furió en bombo y Pedro Furió en guitarra:

<https://www.youtube.com/watch?v=ENyjm1HNk2o>

Plegaria

Si hubiera que elegir, prefiero que haya hecho inteligencia. No tanto que haya marcado gente. Que hiciera las guardias mientras estaban detenidos. Por favor que sea eso. Se paraba fuera de la celda, mirando cómo entraban y salían autos. Tal vez que participe en los interrogatorios pero que no torture. Que torture con golpes pero no con picana. Que picanee pero que no viole. Menos que menos, poner la picana en los genitales. Que viole pero que no mate. Que dé la orden de muerte pero que no dispare. Que dispare es menos peor que dar la orden de tortura. Que organice a los milicos es más aceptable que ponerse la capucha e ir a un operativo. Que reciba a los familiares cuando iban a buscar a los suyos. Que les mienta. Prefiero que reciba y mienta o que controle el arsenal de armas. Por favor que sólo haya controlado el arsenal. Que nunca acompañe a una mujer a parir. O que robe su bebé. O que se lo apropie.

La exoneración del pasado nazi del propio abuelo

Con motivo del 80. aniversario de la capitulación⁷, proliferan los textos de nietos y nietas que han investigado los antecedentes nazis de sus antepasados. ¿Qué hay de cierto en la crítica de que esta investigación genealógica no es más que «una nueva rama de la identidad alemana? ¿cómo habría actuado yo en aquella época, en la misma situación?»

Esta pregunta se consideró académica durante mucho tiempo. Sin embargo, dada la creciente aceptación y el aumento del número de votantes del partido AfD⁸, ahora es de máxima actualidad: ¿Cómo debo actuar hoy?

Ochenta años después del fin de la guerra, hijos/hijas, nietos/nietas y bisnietos/bisnietas buscan explicaciones en su propia fa-

7 El 8./9. de mayo 1945, el ejército nazi, la Wehrmacht firmó la capitulación incondicional ante el de las fuerzas de los Aliados (Francia, Inglaterra, EEUU y Rusia) lo cual puso fin a la segunda guerra mundial.

8 AfD, Alternative für Deutschland (Alternativa para Alemania), partido de ultraderecha, fundado en 2013. Al principio, no tuvo demasiada influencia, pero hoy es el segundo partido más grande de Alemania y el partido opositor más grande. Se está discutiendo si es posible prohibir la AfD por sus discursos antidemocráticos y por su ideología muy cercana al naciismo.

milia: ¿qué papel desempeñaron sus familiares durante el nazismo? ¿Hay buenos o malos ejemplos en su propia historia? ¿Cómo se debe reaccionar adecuadamente cuando se escuchan comentarios despreciativos, racistas, inhumanos, en el propio entorno?

Los padres/madres y abuelos/abuelas han dicho poco; pero con su silencio, a veces elocuente, han transmitido un mensaje tácito a sus hijos: algunos lo cumplen deleitándose con ideas de extrema derecha y recurriendo a la violencia. Otros quieren explorar desde adentro cómo el fascismo se graba a fuego en el alma.

La época del coronavirus no solo fue un caldo de cultivo de virus, sino también de teorías conspirativas y fantasías de golpe de estado. Para otros, esto no era una opción, sino una buena oportunidad para investigar el legado familiar y profundizar en la memoria familiar. Se encontraron fotos, documentos, medallas u objetos devocionales que contaban una historia muy diferente a la que se solía contar en la familia.

Huellas nazis en casa y afuera, la derecha que ataca la memoria: esto provoca preguntas. La desaparición o el fallecimiento de los testigos de la época y la creciente distancia con respecto a los acontecimientos de entonces —¡80 años, toda una vida!— impulsan el afán investigador. Ahora que ya no hay prohibiciones de hablar⁹, se abre un nuevo espacio para adentrarse en un terreno hasta ahora minado. Desde hace una década, las solicitudes a los archivos¹⁰ no dejan de crecer, por lo que su tramitación lle-

9 Se refiere a un acuerdo tácito de no hablar de ciertas temáticas que tanto en la sociedad como dentro de la mayoría de las familias alemanas se puede observar.

10 Archivos nacionales y militares y archivos de la cruz roja que guardan datos (más o menos detallados según su importancia/actividad) sobre las personas que formaban parte del partido nazi, del ejército nazi, de los campos de concentración y de los prisioneros de guerra

va cada vez más tiempo. Los seminarios de investigación sobre el nacionalsocialismo en la propia familia estallan y los grupos de diálogo, como el círculo de trabajo sobre las consecuencias intergeneracionales del Holocausto, no dejan de crecer. El 80 aniversario de la capitulación ha servido de gancho mediático para dar la palabra a nietos, bisnietos y expertos. La revista *Der Spiegel* titulaba: «El tabú alemán. Lo que las familias siguen sin hablar hoy en día». Louis Lewitan y Stefan Lebert explican en su libro *Der blinde Fleck (El punto ciego)* «por qué se rompe ahora el silencio en las familias».

La acumulación de publicaciones llevó a Hilmar Klute a cuestionar críticamente en el diario *Süddeutsche Zeitung* por qué esta forma de investigación genealógica se ha vuelto tan popular, para luego presentar una perspectiva ambivalente desde el punto de vista de un nieto. El autor describe la revelación del papel de los familiares durante la época nazi como «una nueva rama de la cultura de la identidad alemana».

Sin embargo, esta búsqueda de pistas no tiene nada de nuevo ni de fresco. Niklas Frank, hijo del «carnicero de Polonia» Hans Frank; ya en 1987 escribió sin tapujos sobre su herencia nazi. Le siguieron las periodistas Wibke Bruhns y Ute Scheub con sus libros sobre sus respectivos padres. Claudia Brunner y Uwe von Seltsmann fueron los primeros descendientes de la siguiente generación en hacer pública su historia en 2004 con *Schweigen die Täter, reden die Enkel (El silencio duele, hablan los nietos)*. Yo misma publiqué en 2007 el libro *Schweigen tut weh (El silencio duele)*. Entre los muchos otros textos que abordan la época nazi desde una perspectiva biográfica familiar, en 2013 también dio que hablar el libro de Jennifer Teege, nieta del criminal de guerra Amon Göth. Los libros de Sabine Bode sobre las consecuencias psicológicas de la guerra son un éxito



El abuelo de Alexandra Senfft, Hanns Ludin, en la foto arriba justo debajo de Hitler, fue su enviado en Eslovaquia, nazi y criminal de guerra. La foto abajo muestra a su esposa Erla con su hija mayor Erika, la madre de Alexandra Senfft.



permanente, y desde hace años se expresan los llamados «nietos de la guerra».

Quiero aclarar: Todo esto es importante y positivo. Es normal, que en algunos casos falte profundidad histórica, política o psicológica, ya que, al fin y al cabo, cada perspectiva es tan individual como sus autores y que sus prioridades son diferentes. Esto se puede y se debe discutir. El autodiagnóstico del trauma transgeneracional como consecuencia de la guerra se dramatiza y se exagera en ocasiones, perdiendo así la perspectiva política. Y a veces, el análisis del pasado familiar está motivado más por un deseo de alivio que por la necesidad de esclarecer. Ahora, cuando el propio sufrimiento como descendiente de nazis relativiza y margina el dolor de las víctimas y los perseguidos del nacional-socialismo, la narrativa personal se convierte en una distorsión de la historia o, en el peor de los casos, en una inversión de los roles de victimario y víctima. Algunas reflexiones pueden ser auto-representaciones sin impacto social. Cuando Hilmar Klute afirma en la *Süddeutsche Zeitung* que los/las narradores se definen a sí mismos «en textos extrañamente heroicos» sobre la culpabilidad de sus antepasados, está haciendo una aguda observación. El hecho de que eleven sus propias vidas «por encima de la normalidad» y desarrollen un «orgullo negativo por los culpables», a pesar del horror que les producen sus antepasados, tiene mucho que ver con la formación de la identidad. Al mismo tiempo, sigue siendo cierto que la época nazi forma parte del pasado alemán y, por lo tanto, también de la identidad alemana. Son las personas las que hacen la historia.

Pero etiquetarlo con el término «cultura de la identidad» es exagerado y peyorativo. Todavía es una pequeña minoría la que investiga biográficamente la época nazi, y pocos/pocas se posicionan críticos/críticas frente a este legado. Más bien, lo que en-

tendemos por “cultura de la memoria” se vería enriquecido si el enfoque no se centrara únicamente en las víctimas, sino también en los perpetradores. En cualquier caso, no es muy constructivo poner bajo sospecha de forma generalizada el interés por el pasado familiar, con todo lo que se puede criticar en cuanto a la forma y el tono del análisis. Según Klute, muchas investigaciones han sacado a la luz cosas terribles, pero a menudo solo que el bisabuelo «de alguna manera participó». Por supuesto, los alemanes, salvo los pocos que se resistieron, tienen diferentes grados de culpa. Pero Klute se refiere ahora a Niklas Frank, hijo de un alto cargo nazi:

“Estos padres no liberan a sus hijos del horror que causaron a otras personas. La culpa y la vergüenza se heredan”. De esa frase se podría sacar la conclusión que estaría bien liberar del horror a los/las descendientes de los perpetradores o seguidores menos culpables.



un archivo de miembros del NSDAP encontrado en Múnich.

Esto encaja con la descripción informal que Klute hace de sus propios abuelos: uno de ellos, como era típico, hablaba mucho sobre la época nazi, pero como si fuera un espectador ajeno. El otro era un viejo nazi al que no soportaba. Abandonó su tibia investigación genealógica en el Archivo Federal cuando se dio cuenta de que su verdadera motivación era vengarse de ese maldito abuelo con la posible prueba de su pertenencia al NSDAP. Al final, tampoco le importó, porque ya conocía su repugnante ideología nazi.

“Pero no era un criminal. Si hubiera sido así, lo habría sabido hace tiempo”, fue su sorprendente conclusión. ¿De dónde saca esa certeza si ni siquiera ha investigado? Es sorprendente que la crítica de Klute a la investigación genealógica vaya acompañada de la exoneración de su propio abuelo: un canalla, pero no un criminal, y por lo tanto no digno de mayor atención. ¿Solo tiene sentido revisar el pasado cuando los crímenes fueron especialmente atroces y los autores tan conocidos como Frank, Himmler o Göring? La cuestión de la corresponsabilidad se plantea independientemente del grado de gravedad de la culpa. Por lo demás, ni la culpa ni la vergüenza son hereditarias, pero los sentimientos de culpa y vergüenza sí lo son, y, por supuesto, también lo es la herencia material, que también exige un manejo responsable.

Si no se soportaba al abuelo/la abuela, puede que sea más fácil meterlo al cajón de los nazis. Pero, ¿y si se tenía una relación estrecha con él/ella? En ese caso, afrontar el pasado puede convertirse en un desafío. Conciliar el amor por los familiares con los crímenes nazis se convierte rápidamente en una tortuosa dicotomía emocional, incluso aunque estos hayan fallecido hace tiempo. Puede ser muy estresante enfrentarse al rechazo de los

familiares que aún viven y, a menudo, también a su menosprecio. Hoy en día es más fácil hablar del rol los propios familiares durante el nazismo, precisamente porque ya no es algo nuevo. Sin embargo, en la mayoría de las familias sigue siendo un tabú. Quienes se atreven a dar el paso de hacerlo público, reciben mirados con recelo o rechazo.

Se sabe que los y las alemanes se enteraron de casi todo en aquella época, sabían lo que estaba pasando. Sin embargo, muchos/muchas lo negaron durante toda su vida. La represión significa reinterpretar u olvidar las impresiones y experiencias de aquella época.

»¡Qué horror, esas historias nazis, pero por suerte en nuestra familia no hubo nada de eso!« Cuanto más se insiste en ello, más es probable que sí hubo algo. Lo que se oculta se transmite verbal y no verbalmente a la siguiente generación y se convierte en una misión inconsciente: la reparación, ya sea por la vergüenza o por los crímenes. Precisamente porque el fascismo está ganando terreno en todas partes, es importante apoyar a los y las descendientes en la investigación familiar y entablar un diálogo con ellos/ellas. A menudo es doloroso y aterrador, pero aclara las largas y graves consecuencias de la participación, a un nivel más profundo del que pueden transmitir los libros de historia. Muchos/muchas jóvenes con conciencia política consideran incluso que esta investigación es una responsabilidad y un deber democrático. El recuerdo de los crímenes nazis y de las víctimas solo puede permanecer vivo si se transmite de forma auténtica a los más jóvenes. Si más personas hubieran afrontado el horror mucho antes, la AfD tendría más dificultades para despertar emociones a su favor. La falta de empatía de los nazis ha vuelto a salir a la luz en sus descendientes. Aún no es demasiado tarde para investigar, comprender y tomar una postura. Esperemos

que todos los esfuerzos por esclarecer la historia familiar nazi, 80 años después de la catástrofe, no sean un último intento de esclarecimiento antes de que se cierre definitivamente la ventana.

Este texto fue publicado primero en el periódico alemán DER FREITAG el 12 de junio del 2025.

Traducción (usando DeepL como base) y notas al pie:
Julie August

Biografías

Julie August, nació en Alemania en 1970. Es diseñadora gráfica. Desde 2013 vive en Argentina, adónde se mudó tras conocer a Liliana Furió, hoy su esposa. Baila tango y es aficionada al violonchelo. Su padre, médico, formó parte de la Wehrmacht (el ejército nazi) de 1939 a 1945 y estuvo en la Siberia como prisionero de guerra hasta 1950.

Patricio Bolino, nacido en 1985 en La Plata, es licenciado en informática y forma parte del equipo de ciberseguridad del CERT.ar. Hace poco empezó a incursionar en el arte estudiando guitarra y teatro. Forma parte de la Asamblea Desobediente colaborando en distintos proyectos. Su tío, capitán de navío indultado en 1989 y fallecido en 2004, fue ministro de gobierno de Río Negro durante la última dictadura militar.

Adriana Briff es docente, escritora y editora del portal de noticias en la ciudad de Los Ángeles, Hispanicla, donde conduce también el segmento cultural del Fogón de Hispanicla.

Maria Stella Capecce es Licenciada en psicología y profesora de filosofía. Se dedica a la atención clínica, a la literatura y a dictar talleres. Es Hija del teniente coronel médico Omar Capecce. Muerto en prisión domiciliaria en 2017. Es Miembro de Asamblea Desobediente.

Laura Delgadillo, Mujer.Feminista. Madre, abuela. Cantante. Preparadora vocal de coros. Trabajadora del Estado Pcial. Militante de DDHH.

Natalia Dopazo es nieta de Orlando Oscar Dopazo. Desde que nació compartió todas las tardes la vida junto a él, hasta su detención en 2004. A partir de ese momento, comenzó a investigar el rol de Dopazo en la última dictadura cívico militar. Desde la antropología, el urbanismo y la escritura, Natalia realiza ejercicios artísticos y académicos que relacionan las formas en que la vida íntima de los familiares de genocida se vincula con el mundo militar. El resultado ha sido la exposición de avances en la Biennial de Venecia de Arquitectura y la Universidad de Harvard entre otras instituciones.

Liliana Furió nació en la provincia de Mendoza en enero de 1963, es realizadora de cine documental. Su última película *Ilse Fuskova* ha recorrido varios festivales y algunas menciones del público. Es también cofundadora de los colectivos Historias Desobedientes y Asamblea Desobediente que nuclea a familiares de perpetradores del genocidio de la última dictadura militar en Argentina que repudian los crímenes de lesa humanidad co-

metidos por sus familiares. Es hija de un oficial del ejército que falleció en 2019 con varias condenas a cadena perpetua por su accionar en la última dictadura militar 1976-1982.

Pedro Furió, músico, docente. Profesor de guitarra en la Escuela de Música Popular de Avellaneda, y en la UNA (Universidad Nacional de las Artes). Tiene varios discos con su grupo *María y Cosecha* y el dúo *Angeli Furio*, y ha colaborado en grabaciones y presentaciones con diversos artistas. Es parte de la Asamblea Desobediente desde sus inicios. Su padre, teniente coronel del ejército, falleció con arresto domiciliario condenado a cadena perpetua.

Benjamin Hotchner-Blaser es politólogo estadounidense, y estudiante de maestría en DDHH (UNLP) y doctorado en derecho internacional (UBA). Desde 2024, trabaja como guía en el Museo de Arte y Memoria. Integra la Asamblea Desobediente por sus familiares conectadas con el complejo militar-industrial. Sus intereses actuales se centran en aclarar y responder al papel de los EE. UU. en el derecho internacional. Desde 2022 vive con orgullo en La Plata, Argentina.

Lorna Milena, nació en Pto. Pilcomayo, Formosa. Ha publicado cuatro libros de forma independiente: “Sapos reales en jardines imaginarios”, “Sexo cuántico sobre París, y otros relatos fantásticos”, “#TvaM, muejeje... historias del fin del mundo” y “Recortes de mi” un libro de poesía. Todos ellos se pueden encontrar en su blog de ficción: saposreales.blogspot.com. Hija de

un suboficial principal de la prefectura naval argentina, tiene un blog donde escribe sobre esta cuestión: hijademilico.blogspot.com.

Lydia Lukaszewicz, nació en el hospital militar en Capital Federal, es gestora socio cultura y también actriz. Coordinó una escuela de teatro durante 14 años. Hoy coordina una Casa Museo en Santa Clara del Mar.

Alexandra Senfft es autora de los libros *Schweigen tut weh* (*El silencio duele*) y *Der lange Schatten der Täter* (*La larga sombra de los culpables*), entre otras publicaciones. Es miembro de la comisión directiva del Grupo de Intercambio sobre las Consecuencias Intergeneracionales del Holocausto, PAKH.de. Es nieta de un diplomático nazi y en el 2018 participó del primer Encuentro Desobediente Internacional en Buenos Aires, dónde expuso sobre el proceso de (no) justicia en la Alemania posguerra y sobre su propia investigación familiar.

En clave desobediente se terminó de imprimir
en marzo del 2026 en Tecno Offset, Ferraro Mazzanti SRL,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
150 Ejemplares

© las autoras / los autores

Se permite la reproducción de los textos siempre que nos
contacten antes para informarnos (desobedecer.org)

Imágen de Tapa: *Conservar el fuego* © Inés Isaurralde

Diseño gráfico: Julie August

Corrección: Maria Stella Capecce, Lorna Milena